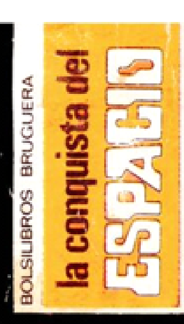


LA NUBE COSMICA

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



LA NUBE COSMICA

RALPH BARBY

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

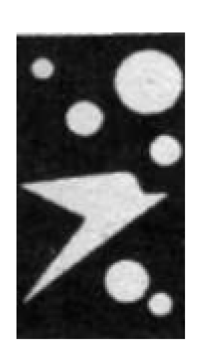
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — *La noche de América agonizante* — Curtis Garland.
2. — *Esclavos de las mujeres* — Ray Lester.
3. — *La bomba máxima* — Glenn Parrish.
4. — *Señores de las estrellas* — A. Thorkent.
5. — *Sello mortal* — Glenn Parrish.

RALPH BARBY

LA NUBE COSMICA

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 334
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-0252S-0

Depósito legal: B. 46.661 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: enero, 1977

Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**.

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

—Todos los sensores de que disponemos, desde el simple radar a los más avanzados rayos de penetración, nada pueden desentrañar respecto a la nube cósmica.

—Tiene usted razón, mayor Calloway.

El joven comandante Aquiles Zasbry, de la nave *New Pioner,* observó la densísima negrura que tenía delante, al otro lado de los cristales panorámicos del puente de mando.

—Si queremos saber algo de esa nube, debemos penetrar en ella, de nada serviría rodearla. Es inmensa para nuestras posibilidades físicas, miríadas de kilómetros cúbicos. Tomemos la dirección que tomemos, partiendo de donde estamos como si fuera el eje de una circunferencia, tardaríamos años de viaje hasta arribar a los extremos y luego proseguir. Ignoramos cuánta profundidad puede tener frente a nosotros.

—Para nuestras posibilidades podría ser infinita, comandante.

— ¿Infinita? No hay nada infinito, pero sí para nuestras posibilidades como usted dice, mayor.

Con sus ojos diamantinos, Aquiles Zasbry trataba de horadar lo que los sensores de óptima fiabilidad no conseguían perforar.

Los que penetraban en la gigantesca nube cósmica se perdían en

su interior y jamás regresaban. Los más sensibles eran reverberados por el polvo cósmico y retornaban velozmente, en tal cantidad que todo el cuadro de radar quedaba iluminado.

Era como si un objeto sólido reflejara todos los rayos, llenando la pantalla, un cuerpo tan monstruosamente grande que ni mil planetas juntos, del tamaño de Júpiter, darían el mismo espectro en el radar.

— ¿Regresamos con la información obtenida?

El joven comandante de la nave, de cabellos casi albinos, respondió sin mirar a su segundo; mantenía los ojos clavados en la masa que tenía enfrente, tan negra que no parecía existir. Era como estar delante de un cielo sin estrellas, sin soles que enviaran sus rayos luminosos como entes vivos.

—No podemos volver sin nada, esta expedición sería un fracaso.

—Pues, no veo el medio de obtener información. Estamos frente a esa nube cósmica a la que ni siquiera vemos y que se desplaza por el centro de la Galaxia. Por su trayectoria terminará penetrando en el sistema solar y es tan inmensa que absorberá todos los planetas que se interpongan a su paso, incluida la Tierra y puede que el Sol.

—Sí, es un peligro para el futuro del planeta Tierra, para todo el Sistema Solar. Y es un peligro que por mucho que averigüemos, jamás lograremos evitar, porque una nube como ésa no se puede desviar. A la velocidad que se desplaza todavía tardará milenios en llegar al sistema solar; sin embargo, todo peligro para nuestro planeta, para nuestra civilización, debe ser conocido. Si no se puede salvar la Tierra, sí se puede salvar a la humanidad, trasladándola a otro planeta, hay tiempo más sobrado para ello. No podremos impedir que la nube avance y absorba cuanto halle a su paso; no obstante debemos obtener datos de ella, todos los que podamos. No podemos regresar diciendo que hemos fracasado, que los sensores no han captado nada.

El segundo de a bordo, Veremond Calloway, era algo mayor que el comandante.

Tenía más experiencia en la burocracia de la milicia astral y también era un científico excelente, pero Aquiles Zasbry poseía un gran vigor, un poderoso dominio de las situaciones. Era el explorador nato.

Había obtenido grandes éxitos explorando planetas nuevos y

asteroides y esos éxitos eran los que le habían catapultado a la comandancia de la *New Pioner,* la nave de exploración más avanzada y perfecta construida por el ingenio humano.

Su misión era averiguar cuánto fuera posible sobre la nube cósmica que dentro de la Galaxia avanzaba lenta y sistemáticamente hacia el sistema solar. Era una misión muy peligrosa por lo lejana.

—Mayor Calloway, sólo penetrando dentro de ella averiguaremos qué contienen sus entrañas.

—Eso sería un suicidio, comandante, un suicidio.

—Cada misión exploratoria a un astro desconocido es un suicidio en el fondo.

—Comandante, si penetramos dentro de esa nube cósmica, todos los sensores de la nave quedarán anulados. No tendremos ningún punto de referencia, ni a proa ni a popa, ni a babor ni a estribor, ni arriba ni abajo... Nada, absolutamente nada. Todas las pantallas de los sensores quedarán bloqueadas por infinidad de parásitos sólidos, partículas cósmicas que reflejarán los rayos sondeadores, sean de la especie que fueren, mientras no los atraviesen como los neutrinos y se pierdan en el espacio. Jamás regresaríamos al punto donde ahora estamos, podríamos perdernos para la eternidad dentro de esa macronube.

—Tenemos energía casi indefinida.

—Alimentos no.

—Somos mortales, mayor, algún día hemos de morir.

—Es cierto, pero lejos de sentirme cobarde, le diré que preferiría morir por algo que justificara la muerte. Meterse ahí dentro es como lanzarse al interior de una sima, sin nada adonde agarrarse.

—Mayor, no es tan suicidio como usted opina, podemos regresar.

— ¿Cómo? Ignoramos la profundidad de esa nube cósmica. Si tratamos de atravesarla en línea recta, podrían ser varios años-luz y no llegaríamos vivos a ninguna parte. La misión sería un fracaso igualmente y nosotros estaríamos muertos. Ya conoce el lema de la exploración espacial: «El hombre es ante todo.»

—Puede añadir que no comando una nave monoplaza o biplaza, que llevo una tripulación de ochenta personas.

—Si usted no lo olvida, no es necesario que yo se lo recuerde —dijo Calloway entre dientes, presintiendo que el joven comandante Zasbry no modificaría su deseo que todavía no había convertido en decisión, aunque llevaba camino de serlo y entonces, nadie podría impedir que la *New Pioner* siguiera su camino en línea recta, adentrándose en la nube y perdiendo todo contacto con la civilización terrestre y sus colonias espaciales. Si no volvían a salir de la nube cósmica, ya nadie sabría de ellos, se habrían perdido para la eternidad.

—La computadora de a bordo es muy fiable, mayor Calloway. Cuando consideremos que debemos regresar, efectuaremos a la inversa el camino recorrido anteriormente y que habrá quedado registrado, con la más mínima variación de rumbo, en la memoria de la computadora central. Ella nos volverá a sacar de ahí dentro.

—Eso será poner en manos de la computadora las vidas de todos los que vamos a bordo. Espero que no olvide que se recomienda que jamás se pierda el control humano, aunque sea apoyado por la computadora en su mayor parte.

—Cuando uno deja atrás las civilizaciones y se adentra como explorador en lo desconocido, hay que recordar todos los lemas y ordenanzas; sin embargo, hay momentos en que deben olvidarse y hacer camino nuevo. Somos entes evolutivos, no podemos quedarnos encadenados a lo escrito, a lo computado. Estamos frente a una situación nueva y hemos de tomar una decisión que puede dejar al margen órdenes, lemas, articulados y lo que haga falta.

—Si toma esa decisión, pondrá en peligro ochenta vidas. Será su responsabilidad, comandante Zasbry.

—Yo no envío a nadie a la muerte, mayor. Consultaremos a todos en la nave, será una decisión democrática.

—Y los que no acepten, ¿tendrán que someterse a la voluntad de la mayoría?

—No. Si los que no aceptan son minoría, porque en el caso de ser mayoría regresaríamos todos al Sistema Solar, si son minoría, repito, tomarán la nave de salvamento del hangar. Regresarán a la Tierra y darán cuenta de lo que se haya decidido.

—Una votación arriesgada.

—No hay exploración sin riesgo; debió pensarlo usted antes de abandonar su despacho.

—Me ofrecieron el grado de coronel y lo rechacé para participar en esta misión —objetó irguiéndose.

—Lo sé, mayor, grado de coronel dentro de la burocracia... Usted se daba cuenta de que terminaría asfixiado en los despachos, sin más posibilidades de ascenso. Si esta misión tiene algún éxito, lo ascenderán igualmente a coronel pero por servicios relevantes y si luego lo destinan a la burocracia, lo pasarán al generalato. Una buena jugada, mayor Calloway, debe ser usted un genio jugando al ajedrez; pero ahora hay que arriesgar mucho.

—Usted es el comandante —dijo Calloway irónico, con una media sonrisa—. Usted decide.

—Yo, no, la tripulación.

Aquiles Zasbry conectó el canal de megafonía múltiple para hablar a todos al mismo tiempo.

—Atención, atención, tripulación del *New Pioner,* les hablo a todos, a todos sin excepción. Por supuesto, de harto oída, habrán reconocido mi voz. Habla el comandante y les voy a exponer la situación. Todos sabían en qué consistía nuestra misión exploratoria: La nube cósmica que está delante de nuestra proa y que sigue siendo tan enigma como cuando partimos de la Tierra. No hay otra forma de obtener más datos que metiéndonos dentro de ella, pero si se toma esa decisión, se penetrará en un mundo nuevo y desconocido y los riesgos aumentarán es posible que hasta el noventa por ciento. Quizá nos hallemos frente a miríadas de kilómetros cúbicos de polvo cósmico en suspensión, polvo que por lo que vemos ahora es sólo microscópico y no puede afectar a la nave en lo más mínimo; sin embargo, ignoramos si luego habrá algo más, algo más sólido. Las posibilidades sobre lo que podemos encontrar son infinitas.

«Repito, el riesgo puede pasar del uno por millón que tenemos ahora fuera de la nube cósmica, ya que podemos detectar cualquier meteorito que se cruce en nuestro camino con docenas de horas de anticipación para poder esquivarlo, al noventa por cien. Ahí dentro, los sensores quedarán prácticamente inactivos.

»Se ha de tomar una decisión y es mi propósito, debido a los

riesgos que se van a correr, que sea democrática, una decisión en la que participemos todos sin excepción. Si penetramos en la nube cósmica, ignoro cuándo podremos salir de ella. Sólo puedo garantizar quinientas horas de navegación penetrante y otras quinientas de retroceso, suponiendo que nada ocurra.

«Todos los miembros de la tripulación, en el plazo de dos horas, pasarán por el despacho de personal donde serán atendidos por la teniente Stephany. Los votos serán anónimos, aunque luego, los que voten "no", pasarán a ocupar plaza en la nave de regreso a la Tierra. Quien tome la decisión de votar "no", no habrá hecho otra cosa que cumplir estrictamente con lo legislado para las exploraciones espaciales. No habrá contravenido ningún código, norma ni articulado, por lo que su conciencia deberá quedar tranquila...

El comandante Zasbry siguió hablando mientras en toda la nave se hacía un profundo silencio de meditación. Sólo se oían los finísimos relés de las cajas electrónicas, ya que todo el sistema de propulsión nucleodinámico era absolutamente silencioso. Funcionaba a una diezmilésima parte de su potencial, simplemente para corregir rumbo, pues el impulso de navegación por el espacio sideral lo llevaba desde miles de horas atrás.

Tras las profundas palabras del joven comandante Zasbry, el más experto en las exploraciones, sólo queda esperar. A un lado estaba la seguridad, pese a hallarse a la máxima distancia que el terrícola había alcanzado en sus investigaciones; al otro, el riesgo, un riesgo que el mayor Calloway calificaba de suicidio. ¿Qué iban a responder? Era una incógnita. Habría que esperar basta tener los resultados y entonces, se tomaría la gran decisión.

CAPÍTULO II

La teniente Stephany aguardaba en su pequeño despacho de personal.

Se observaba el rostro con un espejito mientras se daba unos toques con el mini-spray de bolsillo para hacer que su rostro se viera agradable, sin ningún poro dilatado.

Stephany no ignoraba que era muy hermosa y se sentía satisfecha de su cabello rubio, lacio y brillante, sus ojos azul verdosos y el perfecto óvalo del rostro. Sus labios mostraban un tono cereza natural, sin necesidad de ningún cosmético que los colorease.

Tampoco ignoraba su proporción anatómica, sus redondeces, su cuello, sus hombros ni anchos ni escurridizos, sus pechos altos y duros, su cintura flexible y sus caderas redondeadas como una antigua ánfora para luego bajar hacia unos muslos fascinantes, de carne apretada, unas rodillas sin bultos extraños y unas pantorrillas suavemente arqueadas:

La admiración de los hombres por su figura no enturbiaba su mente, aunque sí le servía para darse cuenta de la realidad, sin falsas modestias.

A Stephany sólo le interesaba un hombre y ese hombre era el más inaccesible: el comandante de la nave.

Aquiles Zasbry tenía fama de ser muy aficionado al deporte y a las conquistas femeninas, conquistas que no dejaban huella, por lo menos en él; sin embargo, cuando el joven y atlético explorador del espacio entraba en servicio, corría un sólido y tupido velo en lo concerniente a su vida de ocio. Se convertía en un hombre duro, puntualizador, estricto y exigente hasta la irritación.

No tenía fisuras y quien más sufría tantas exigencias era él mismo, pues la disciplina comenzaba por él y eso no lo ignoraba nadie.

No tenía ningún otro privilegio sobre sus subordinados que el del mando y la decisión, pues su tiempo libre era inferior al de los restantes miembros de la nave y su comida, exactamente igual.

Comía en el mismo comedor con su bandeja de *self-service,*

ocupando cualquier mesa; de este modo dialogaba con todos los tripulantes con camaradería.

Stephany se las había arreglado para coincidir varias

ES en su mesa, pero no había abusado de esta especie de «coincidencia» para que él no llegara a rehuirla.

Stephany, además de economista, era socióloga y sabía muy bien que nada podía hacer respecto a un acercamiento entre ambos mientras estuvieran de misión.

Al fin se abrió la puerta y apareció la elevada figura de Aquiles Zasbry, vestido con la corta guerrera, el cinturón de reglamento con la pistola ultrasónica, los pantalones ajustados y las botas altas.

Los ojos diamantinos del hombre se clavaron en el rostro femenino y Stephany, que había cuidado hasta el último detalle, esperó un gesto, algo que significara halago o reflejo de una impresión agradable, mas el rostro varonil siguió como si nada de particular hubiera visto. Era como si millones de microicebergs pulularan por el torrente de sus venas, enfriando su sangre.

— ¿Están los resultados computados, teniente?

—Sí, señor.

—Conecte la pantalla. Podía haber visto los resultados desde el puente, pero he preferido verlos aquí, en su presencia.

— ¿Temía un resultado desagradable, señor?

—No sé lo que es desagradable y lo que no lo es; la verdad es que es pedir demasiado a una tripulación que trate de suicidarse por un deseo propio. No sé si ansío que todos se opongan o que digan que «sí». Creo que si se han negado me sentiré más tranquilo, pero, por otra parte, se perderá la oportunidad de averiguar qué hay dentro de la nube cósmica.

— ¿Piensa que hay algo más que polvo cósmico?

—Los científicos aseguran que toda la nube es lo mismo: polvo cósmico, partículas sólidas en suspensión sin ningún interés. No obstante, los sensores no han conseguido atravesar ese muro en más de diez kilómetros. Más al interior, los sensores nada pueden hacer, y diez kilómetros de profundidad, en una nube que puede tener millones

de kilómetros de diámetro, no es nada.

— ¿Espera hallar algo concreto?

—No lo sé, pero según lo que haya ahí dentro, se pueden romper muchas teorías sobre los astros en el espacio, su dinámica y quién sabe cuántas cosas más. Es lo mismo que si siglos atrás hubieran dicho que el océano era simplemente agua y que no valía la pena descender a las profundidades marinas donde se han descubierto desde civilizaciones desaparecidas a minas de verdadero interés. Alguien tenía que bajar y lo hicieron. Es cierto que mucha gente se ahogó, pero había que descender.

—Yo pienso lo mismo, señor. Si somos una nave de investigación y exploración, debemos explorar, aun corriendo riesgos.

Aquiles Zasbry se la quedó mirando. Achicó ligeramente los ojos y luego esbozó una sonrisa suave y fría.

—Disculpe por confiarle mis preocupaciones. Cuando se está al mando de una nave como ésta y se han de tomar decisiones que afectan a todos, se siente uno muy solo. —Cambió el tono de su voz haciéndolo más duro, para no dar paso a ninguna respuesta que significara afecto o comprensión por parte de la fémina—. Veamos los resultados, toda la tripulación estará esperando conocerlos.

—En seguida, señor.

Se encendió la pantalla y aparecieron varias cifras. El propio Aquiles Zasbry las leyó en voz alta.

—Setenta y nueve sí es y un no.

— ¿Quiere saber quién es el «no»?

—No, no me lo diga La decisión está tomada, es una decisión democrática. Abra el canal de conexión con el puente y comuníqueme con el mayor Calloway.

—En seguida, señor.

—Mayor Calloway en el puente —respondió el interpelado.

—El comandante quiere hablarle —dijo Stephany.

—Mayor Calloway.

—Sí, señor.

—Abra el canal de megafonía múltiple para llegar a todas partes con el mensaje que tengo que dar.

— ¿Va a informar sobre el resultado de la votación, señor?

—Sí.

—Tiene el canal abierto, señor.

—Gracias, mayor. Atención, atención, tripulación de la *New Pioner,* íes habla el comandante... —Hizo una breve pausa y prosiguió —: Debo agradecerles su decisión, tomada por absoluta mayoría, sólo un voto ha faltado para la total unanimidad. Penetraremos en la nube cósmica, pues así lo ha determinado toda la tripulación democráticamente. Enviaremos un mensaje a la Tierra notificando nuestro rumbo y seguiremos adelante. El que ha votado «no», estaba en su legítimo derecho. No puedo poner en sus manos la nave de reserva por ser sólo un tripulante; sin embargo, si quiere exponer alguna queja, le recibiré en el puente. En el departamento de personal, la teniente Stephany anotará todos los mensajes que quieran mandar a la Tierra antes de que perdamos toda posibilidad de comunicación, lo cual ocurrirá dentro de diez horas. Después, quedaremos solos en el espacio, inmersos en lo desconocido. Puede ser una experiencia fantástica, pero también puede ocurrir que no volvamos. No quiero ser derrotista ni pesimista, mas es una posibilidad a tener en cuenta. Suerte, suerte para todos, nos va a hacer falta, por ello les pido que estemos todos más unidos, más atentos, más hermanados. Somos una colonia terrícola en movimiento. Demostremos en el peligro y en la adversidad que sabemos comportarnos como verdaderos terrícolas. No podemos defraudar a cuantos nos han encomendado esta difícil misión de investigar la nube cósmica que, según los cálculos astronómicos, invadirá nuestro sistema solar y absorberá sus planetas. Debemos averiguar si la nube pasará sin dañar a los planetas, sin desviar sus órbitas. Suerte, y sí alguna vida se pierde en la arriesgada misión, será en pro de la exploración espacial y la supervivencia de la civilización terrícola a la que nos honramos en pertenecer. Camaradas, amigos todos, suerte. —Y cerró la comunicación.

—Saldremos bien de ésta, señor, puede estar seguro.

Aquiles Zasbry miró a la teniente Stephany que acababa de hablarle y respondió:

—Me gustaría estar tan seguro como usted, pero estoy

preocupado.

—Si estuviera solo a bordo de una de sus famosas naves exploradoras, ¿qué habría hecho?

—Sin dudarlo, introducirme en la nube para averiguar si mantiene la misma densidad de polvo cósmico en todo su volumen o cambia; intentaría descubrir si un planeta puede atravesarla y salir por el lado opuesto por el que penetró sin resultar dañado.

—Si usted lo haría solo porque tiene espíritu de pionero, todos queremos ser como usted, señor. No se sienta responsable por si ocurre lo inevitable, todos sabemos a lo que nos exponemos.

—Hay alguien, uno solo, que no opina lo mismo y esa opinión merece todos los respetos. Si pudiera apearle de la nave, lo haría, pero no puedo, y aun en contra de su deseo hemos de llevarle con nosotros, y lo peor es que no sé si le llevo a la muerte.

Stephany iba a decirle que no se atormentara, pero Aquiles Zasbry había abandonado ya el pequeño y aséptico despacho.

La *New Pioner* iba a entrar en una febril actividad.

Había que enviar un montón de mensajes a la Tierra, muchos de los cuales podían tomarse como una despedida definitiva, alegre, pero despedida al fin y al cabo. Aquellos hombres y mujeres aceptaban la muerte sin pestañear.

Horas más tarde embistieron contra la nube cósmica, aunque tardaron todavía cinco horas en quedar sumergidos totalmente dentro de su volumen.

La más densa negrura les rodeó. Ya no había estrenas que ver ni ninguna clase de astro. Todo era negro intenso y, si se encendían los reflectores, los poderosísimos haces de luz chocaban contra las partículas de polvo cósmico que les rodeaban por todas partes y los fotones eran reverberados, iluminándose todo en derredor de la nave.

Los focos no conseguían perforar el polvo en suspensión. Era como viajar por la superficie de la Tierra en medio de la más densa de las nieblas y con unos faros muy pobres; no había forma de ver nada.

Los restantes sensores de la *New Pioner* intentaban ahondar algo más, devolviendo siempre idéntica información: polvo, polvo…

A las veinticuatro horas, la tensión se fue relajando.

Cuando llevaban cuarenta y ocho horas de navegación por el interior de la nube cósmica, siempre en línea recta para no perder el rumbo, aquello se convirtió en algo de rutina y, al pasar las setenta y dos horas, se le perdió el respeto y el temor al polvo cósmico.

Nada agradable ni desagradable ocurría, aunque se presentaron unos extraños casos de claustrofobia. Parecía como si la intensa emoción con que se había acometido la violación de la nube cósmica, al paso de docenas y docenas de horas, dejara paso a un tedio que se propagó por toda la nave, pese a que los primeros casos de claustrofobia habían sido aislados y tratados en la enfermería con sedantes.

Eran personas preparadas para viajar en una nave espacial por espacio de mucho tiempo; sin embargo, no eran sólo las paredes metálicas o metálico-plásticas las que habían desencadenado la claustrofobia, sino el verse rodeados de polvo cósmico por todas partes.

Aquiles Zasbry se hallaba en su período de descanso en su hábitat cuando despertó sobresaltado.

Quedó quieto, en tensión, aguzando los oídos. Se oía un ruido diferente, era como si rasparan o una lluvia repiqueteara sobre la nave, lo que no podía ser de ninguna de las formas.

Conocía bien la nave y sabía cuáles eran los ruidos habituales y cuáles los extraños a los que debía de prestarse atención.

Alargó la mano, moviendo una clavija en su mesita de noche.

—Atención, puente, atención. Soy el comandante.

—Le escucho, señor, soy el mayor Calloway.

—Mayor, ¿qué está sucediendo?

— ¿Se refiere a las partículas sólidas que rozan con la nave?

—Sí.

La voz flemática, casi indiferente y algo nasal del mayor Calloway, respondió:

—Todo está en orden, señor. No hay ninguna avería en la nave,

ni siquiera un aumento térmico en el casco exterior por rozamiento.

— ¡Por todos los diablos, mayor! —exclamó molesto como no había demostrado estarlo antes, sorprendiendo al mismísimo mayor Calloway—. ¿No han analizado y medido el tamaño de las partículas?

—Pues no, señor.

— ¿A qué esperan? ¡Voy en seguida al puente!

Cuando subió al puente de mando, la coraza del gran ventanal panorámico estaba bajada para proteger el cristal.

El mayor Calloway estaba algo pálido y molesto, todos en el puente se habían puesto en tensión. Sabían que el comandante estaba irritado, lo que no había sucedido con anterioridad.

—El informe de las partículas —dijo señalando la pantalla que enlazaba con la computadora central.

— ¿Es que no se ha dado cuenta de esta información, mayor?

—Sí, pero no le veo nada de particular.

— ¿Cómo? ¡Estas partículas de polvo son mil veces superiores en peso y volumen a las que tenía la nube horas atrás! De promedio tienen quinientos miligramos de peso.

—Eso no es ningún meteorito, señor —replicó molesto el mayor, sintiéndose afrentado delante de los tripulantes que se hallaban en el puente.

—No son meteoritos en la expresión vulgar de la palabra, son micrometeoritos, pero aun estando quietos, en suspensión dentro de la nube, con la velocidad que nosotros llevamos, se puede producir un rozamiento más que peligroso.

—Los datos facilitados por la computadora no señalan alarma alguna por aumento de temperatura en el casco.

—No, pero si sigue así, habrá un aumento de temperatura progresivo, con el peligro de que no podremos salir de la zona de rozamiento porque estaremos totalmente inmersos en ella.

—Usted es quien ha escogido este camino, comandante, no lo olvide.

—Mayor, parece que no quiere comprender. —Sentándose en la butaca de mando ordenó—: Cohetes de retropropulsión de proa listos para entrar en acción hasta detener la nave y contrarrestar fuerza de impulso de navegación sideral.

— ¿Qué va a hacer, comandante, detener la nave aquí, en medio de la nube? ¿Y lr.ego qué?

—Estos micrometeoritos están en suspensión dentro de la nube, carecen de velocidad y si nosotros reducimos nuestra velocidad al mínimo, el rozamiento será inapreciable y no correremos peligro. Hasta ahora desconocemos si detrás de estos micrometeoritos pueden aparecer una nueva masa de piedras meteóricas o rocas. Da la sensación de que cada vez aparecerán piedras más grandes, como si fuéramos camino de hallar algo sólido.

— ¿Algo sólido dentro de la nube cósmica, acaso un planeta? —inquirió escéptico el mayor Calloway.

—Un planeta o varios planetas juntos atrapados por la nube cósmica, como un día llegará a atrapar al planeta Tierra, si es que se cruza en su camino. Creíamos que sólo era polvo espacial, partículas mínimas, porque no podíamos ver ni captar lo que hay dentro de la nube más allá de los primeros kilómetros, pero estamos comprobando que cada vez se hace más y más sólida, que ya no es tan nube.

La *New Pioner* sufrió un retroceso muy fuerte; sin embargo, todos estaban prevenidos, se habían cursado las órdenes de alarma por los altavoces.

Al fin, la velocidad se redujo a sólo dos mil kilómetros, una cifra ridícula. El rozamiento de las partículas ya no constituía peligro y la temperatura del casco descendió.

La tripulación comprendió el riesgo que habían pasado cuando ya estaban fuera de él.

— ¿Y ahora qué?

A la pregunta del mayor Calloway, Aquiles Zasbry respondió:

—Tomaré el mando directo. Cada quince minutos quiero análisis de las muestras de los micrometeoritos que rozan el casco —ordenó.

Las siguientes horas fueron de profunda tensión.

Los micrometeoritos aumentaron de tamaño, y tal como había supuesto Aquiles Zasbry, aparecieron piedras como puños y luego, las rocas de aristas vivas. A medida que éstas aumentaban de tamaño, Aquiles Zasbry, consciente del peligro que corrían, fue aminorando velocidad.

El teniente Takana estaba al mando de los sensores que captaban cuanto había fuera del casco.

—Comandante, ¿adónde iremos a parar si seguimos adelante? —preguntó el mayor Calloway.

No lo sé, llevamos rumbo a lo desconocido. Continuaremos hasta que no podamos más. Ahora sabemos que la nube cósmica no puede ser tomada como una
nube de polvo en la Tierra, que puede pasar por una ciudad y dejarla sucia pero no derribar ningún edificio ni dañar nada importante. Esta nube, cuya apariencia
externa es endeble, sin cuerpo consistente, es engañosa y peligrosísima. Si el sistema solar queda dentro del radio de acción de esta nube, desaparecerá, absorbido
por sus entrañas. Los planetas desaparecerán a medida que se interpongan en su camino.

—Esa teoría es absurda, y disculpe la forma de excretar mi opinión al respecto, comandante. Está usted calificando a esta nube cósmica como al más gigantesco monstruo espacial jamás conocido.

—Es que lo es. Nuestra nave tiene facultad para dar vuelta y escapar entre los meteoritos aquí atrapados, pero un planeta no puede hacer lo mismo. Sólo escapara aquel planeta que roce la nube tangencialmente, que sólo penetre unos cientos de kilómetros. El que sea atrapado por la gran masa, quedará aquí dentro. Ya estamos navegando entre rocas, como lo haría un barco terrestre entre los bloques de hielo de los polos.

La nave comenzó a sufrir sacudidas en medio de grandes ruidos.

Las rocas ya tenían demasiada masa para que la nave pudiera apartarlas con su casco en un avance lento.

—Si seguimos adelante quedaremos destrozados, jamás saldremos vivos —masculló Veremond Calloway, notando su paladar seco.

—Es cierto. Ya hemos averiguado lo que queríamos, y con las

muestras que se han tomado podemos regresar y dar un informe extenso respecto a la nube cósmica.

Afuera, sobre el casco de la *New Pioner,* había tres hombres con trajes especiales de supervivencia, observando en directo, arrancando muestras de las gigantescas rocas flotantes que eran ya como montañas.

De pronto, se encendieron las luces rojas de alarma.

— ¡Atención, les habla el comandante! ¿Qué ocurre?

—Mi comandante, le respondemos desde el casco, cerca de popa. Hemos tenido un accidente y el astronauta McLaren ha resultado aplastado entre una de estas rocas y el fuselaje.

— ¿Hay posibilidades de salvación?

—No, mi comandante. Ha quedado triturado y ¡agggg!

— ¡Atención, atención!

La voz de Zasbry no fue escuchada.

La nave osciló violentamente y en el interior sus tripulantes semejaron cubitos de hielo dentro de una coctelera.

De inmediato, en el cuadro electrónico de alarma se iluminaron los pilotos rojos.

La teniente Andrea Pertz, encargada del control informativo, volvió su rostro hacia el comandante mientras seguía en su butaca, ambos sujetos por los atalajes de seguridad que se habían disparado automáticamente en la colisión que acababan de sufrir.

—Toda la nave está en emergencia, comandante.

—Tomo el mando directo. Quiero datos en seguida.

En pantalla comenzaron a aparecer datos simultáneamente.

Aquiles Zasbry puso en marcha los motores con el panel de mandos que tenía delante. Tuvo que arrancar la nave de la cavidad de una gigantesca roca en la que casi se habían incrustado. Consiguió esquivarla, mas la nave había sufrido serias averías.

El mayor Calloway, que poco antes estaba en pie, anduvo a

gatas antes de recuperar la verticalidad. Sangraba por la nariz y la sien, y lo mismo ocurría a otros tripulantes a los que la colisión había sorprendido fuera de sus literas o butacas anatómicas.

—Sistema de emergencia, valoren daños, valoren daños. Enfermería, hágase cargo de los heridos, notifiquen bajas. Seguimos navegando. Daremos la vuelta ciento ochenta grados y pondremos proa al exterior de la nube cósmica dando la misión por finalizada.

Calloway, pesimista, objetó:

— ¿Seguro que podemos regresar?

—La computadora nos ofrecerá los datos acumulados, sólo tendremos que invertirlos.

—Hemos perdido la línea recta, comandante, ha estado haciendo maniobras para sacar a la *New Pioner* de esa montaña flotante. Dígame dónde está ahora el centro de la nube o el lugar por donde hemos entrado.

El mayor Calloway tenía razón. Sólo la computadora podía proporcionar los datos necesarios, pero en aquel instante pasaron informe de los daños recibidos.

—Fíjese, la computadora ha quedado dañada.

—Atención, atención, equipo de mantenimiento, la computadora tiene prioridad —ordenó Zasbry.

—Aquí equipo de mantenimiento, recibida orden, señor, pero los daños de la computadora son importantes. No podrá estar reparada antes de veinticuatro horas y parte de su memoria es posible que se haya perdido para siempre, señor.

—Hagan lo imposible para repararla, teniente Slavio, es vital.

—Comprendido, señor —contestó el jefe de mantenimiento.

— ¿Qué hacemos ahora, comandante? —preguntó Calloway. Intentó sonreír, mas no pudo hacerlo porque el miedo apretaba sus mandíbulas y su corazón.

—Esperaremos aquí hasta que la computadora pueda responder.

— ¿Y si los datos acumulados en su memoria respecto a la trayectoria seguida dentro de la nube se han perdido, cómo

saldremos?

—No sea fatalista, saldremos. —Zasbry detuvo la nave y dijo—: Hágase cargo del puente, mayor, voy a presenciar *in situ* los daños y las víctimas.

—De acuerdo. Esperemos que las montañas de roca no se desplacen también y quedemos aprisionados entre dos de ellas.

Zasbry encontró en un corredor a la teniente Stephany que llevaba puesto el casco de seguridad y cojeaba visiblemente.

— ¿Qué le sucede, teniente?

—Bueno, he recibido un golpe en la rodilla y el tobillo. Con el zarandeo me he caído, un archivo se ha destornillado y me ha atrapado.

— ¿Va a la enfermería?

—Oh, no, sé que hay otros casos más importantes que merecen la atención de la enfermería. Quiero recoger datos sobre el personal afectado.

—Entonces, venga conmigo, conviértase en mi sombra si puede andar, también voy a recoger datos *in situ.* Creo que hemos tenido un mal tropiezo y todo porque aquí dentro el radar no sirve para nada. Además de las glandes rocas hay micrometeoritos que distorsionan toda reflexión.

La teniente Stephany hizo un gran esfuerzo para no ser una carga y apretando mandíbulas y ojos de vez en cuando para no gritar por el dolor que sentía en su rodilla y tobillo, trato de mantener el paso del comandante Zasbry.

Ambos no tardaron en constatar que la colisión había sido más grave de lo que en principio pudieran suponer.

Daños, despresurización, un pequeño incendio que se estaba sofocando en una de las salas de motores y un buen número de bajas irreparables, a la par que en la enfermería se trabajaba intensamente con los heridos.

De lo que no se habían dado cuenta era que la nave no permanecía quieta sino que se desplazaba por unas extrañas y sorpresivas corrientes magnéticas y también de un aire que aún no

habían detectado y que se creaba entre las grandes montañas de rocas flotantes.

Aquel desplazamiento les estaba conduciendo a un lugar ignorado, como si navegaran entre grandes y peligrosos cañones submarinos, pues viajaban por el interior de un macro océano de polvo sideral del que ya iba a ser difícil, casi imposible, salir con vida.

CAPÍTULO III

Con expresión sombría, Aquiles Zasbry ocupó su asiento en el puente de la *New Pioner*.

Habían sido horas de intensa lucha. Doce muertos y quince heridos de consideración era un grave descalabro para la tripulación y se sentía responsable.

La teniente Stephany, comprendiendo sus sentimientos, había tratado de decirle que no era culpa suya. La decisión de penetrar en la nube había sido tomada por unanimidad casi total, con un solo voto en contra y lo que llevaban descubierto era más que importante, vital para la exploración espacial. La nube cósmica no era una simple nube de polvo sino una gran trampa, una gigantesca bolsa que atrapaba y retenía cuanto se oponía a su paso.

— ¿Tenemos datos de la computadora, comandante? —preguntó el mayor Calloway con un ligero sarcasmo.

Zasbry lo miró y tuvo la impresión de que odiaba a su segundo, con más edad que él y ya amargado.

Si le hubieran dado la oportunidad de escoger a alguien para aquel puesto, no habría elegido al mayor Calloway, eso era seguro, mas la burocracia era quien imponía.

El mayor Calloway debía haber manejado muchos resortes, muchas amistades e influencias para lograr aquel puesto con el que pensaba alcanzar fama y, después, mejor situación en el escalafón.

Apretó las mandíbulas y no dijo lo que pensaba del mayor. No era conveniente una discusión en aquellos momentos.

Oprimió un botón y por primera vez comenzó a alzarse el panel de súper-acero que protegía el gran ventanal panorámico del puente.

El mayor Calloway le miró horrorizado.

— ¿Está seguro de lo que hace, comandante?

—Si tiene miedo, métase en un cilindro de presión, así se salvará si se rompe el cristal y quedamos despresurizados.

—En la situación en que nos hallamos, es una temeridad quitar el panel de protección.

El comandante Zasbry iba a responder algo, pero frunció el ceño preguntando:

— ¿Qué hacen las luces encendidas?

— ¿Las luces? —inquirió sin comprender uno de los servidores del puente.

—Sí, los faros de proa.

—Están apagados, señor —le respondieron.

— ¿Apagados, seguro? Ahí afuera hay mucha luz.

—Si los controles no fallan, esa luz no es nuestra, señor.

—Si no es nuestra, ¿de dónde procede? —preguntó el mayor Calloway.

—A lo mejor es que tenemos la proa encarada con algún núcleo en ignición constante, como una estrella o algo parecido.

—Si es eso, comandante, tenemos proa a la muerte. El casco puede resistir sólo hasta cuatro mil grados Celsius y en un sol hay millones de grados de temperatura.

—Lo sé eso es de enseñanza primaria, mayor, de enseñanza

primaria.

—Tengo familia en el planeta Tierra y desearía volver a verla —rezongó Calloway—. Ya ha muerto demasiada gente dentro de esta nube cósmica.

—No se apure, mayor, si estamos detenidos no podemos ir a ninguna parte. Fíjese qué extraño... Hay mucha luz, como vista a través de un cristal de cuarzo opalizado.

—Por la ventana sólo se ve luz —se quejó el mayor—. Nada más.

— ¡Comandante!

Se volvió hacia el teniente Takana, que acababa de interpelarle.

— ¿Qué sucede, teniente?

—Nos hemos estado desplazando durante estas horas.

—No es posible, nos hallábamos detenidos.

—No, mi comandante. Tengo un gráfico que demuestra que nos hemos desplazado de forma lenta e imperceptible, pero nos hemos desplazado.

—Y eso no ha quedado registrado en la memoria de la computadora —gruñó el mayor Calloway—. Jamás encontraremos la ruta de regreso, jamás.

—Cállese o tendré que hacerle callar de forma más expeditiva. Está usted demasiado nervioso, mayor, tómese unas horas de descanso.

— ¿Piensa que voy a poder dormir sabiendo que estamos rumbo a la muerte?

—Si no puede dormir por sus propios medios, pásese por la enfermería y que le den un somnífero. Ahora, abandone el puente. Cuando esté más descansado lo verá todo mucho mejor. No tendré en cuenta sus palabras, que no quedarán registradas en la bitácora de vuelo.

Aquellas palabras llevaban implícita una amenaza, y así lo comprendió el mayor Calloway, que cerró la boca y se alejó. A dos cosas sentía Calloway un miedo pavoroso: a la muerte y a un

expediente disciplinario.

Aquiles Zasbry, al frente de la *New Pioner,* comprendió que la nave había quedado por completo en sus manos.

No se podía fiar ya de la computadora central respecto al rumbo, todo dependía de su intuición, si es que los motores no le fallaban cuando necesitara ponerlos en acción.

Era muy posible que ya jamás lograran salir de aquella nube cósmica cuyas dimensiones escapaban a los cálculos de una mente humana, una nube que podía engullir, si lo cogía de lleno, a un sistema solar completo.

Sacudió la cabeza, como deseando desprender de ella todos los malos presagios, y deseó que el mayor Calloway no propagara la desesperación y el pánico por la nave, cosa que no resultaría difícil tras las bajas sufridas y los desperfectos habidos en varios puntos de la *New Pioner.*

—Pongan todos los sensores de proa al máximo de rendimiento, quiero el máximo de datos. Voy a hacer avanzar la nave en la dirección que nos hallamos, teniendo siempre a punto los retrocohetes de frenado por si aparece una gran roca a proa.

Siguieron adelante a escasa velocidad y la luz fue haciéndose más clara, más intensa.

Era como si desde las fosas más profundas de los océanos terrestres tuvieran puesta proa hacia la superficie de las aguas y la luz que divisaran fuera haciéndose más precisa, más intensa, hasta que al fin dejó de ser simplemente luz y tomó color.

— ¡Señor, es azul, luz azul! —exclamó Takana.

—Sí, ya lo veo, y esa tonalidad azul sólo puede darla una determinada composición atmosférica. Analicen el exterior, ahora que parece que la densidad del polvo cósmico ha disminuido.

Al poco, le ofrecieron los datos.

—Señor, oxígeno, nitrógeno y otros gases inertes. Es similar a la atmósfera terrestre, incluso en tantos por cientos.

—Más precisión, y quiero conocer también la presión.

— ¡Señor, señor! —gritó el teniente Takana, poniéndose en pie.

— ¡Esto es inaudito, maravilloso, sorprendente! —no pudo por menos que exclamar Aquiles Zasbry.

Cuantos se hallaban en el puente quedaron maravillados ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos: Un cielo azul celeste y debajo, casi rozando con la panza de la nave, tierra firme

Era como si se hallaran en un planeta desconocido con las constantes atmosféricas que poseía la Tierra.

—Parece que nos encontramos sobre el núcleo sólido del interior de la nube cósmica, y por primera vez se descubre que no todo son astros esféricos en el espacio. Esto es una gran masa plana como los antiguos creían que era la Tierra, como una gigantesca tarta que en sus extremos se va naciendo menos y menos sólida y consistente.

— ¿Cree que se ha formado a base de agregársele planetas, satélites, asteroides y meteoritos en general? —le preguntaron.

—Es posible, unos incrustándose contra otros, formando una masa sólida. Es distinto a todo lo que conocemos de la dinámica espacial. Esto no gira sobre sí mismo, haciéndose esférico.

— ¿Creerán esto los científicos?

—Tomaremos pruebas y tendrán que creerlo. El espacio sideral todavía nos reserva muchas sorpresas, no es tan sencillo como muchos astrónomos y astronautas habían llegado a suponer. Está lleno de sorpresas infinitas que, poco a poco, iremos desvelando.

Sujetó firmemente la nave que sentía vibrar bajo sus manos y la elevó para no tener un mal tropiezo contra alguna montaña o similar.

—Comandante, el radar funciona ahora a la perfección. Delante tenemos una vasta llanura sin obstáculos.

—Una llanura, no, teniente, es un océano.

— ¿Un océano? —repitió sorprendido el capitán Takana, mirando hacia la pantalla.

Aquiles Zasbry abrió los canales de comunicación y dijo con emoción:

—Les habla el comandante. Vamos a pasar por todas las

pantallas de a bordo lo que estamos sobrevolando. Nos hallamos sobre una superficie desconocida de aspecto similar al de la capa terrestre, con atmósfera, presión y hasta agua. Por favor, miren todos a las pantallas.

Una exclamación de sorpresa se elevó en todas las dependencias de la *New Pioner.*

Era pasar de las tinieblas más siniestras a la luz, y pudieron ver las aguas que sobrevolaban mientras encima tenían un cielo azul celeste que llenaba los ojos de vida y esperanza.

Aquel océano de aguas oscuras era inmenso. En línea recta, sin encontrar islas ni continentes, recorrieron más de doscientos mil kilómetros. Todos los océanos de la Tierra juntos quedaban pequeños ante aquel macro-océano.

Al fin...

— ¡Tierra, tierra y hay vegetación! —gritó el teniente Takana.

La existencia de vegetación era la mejor noticia que podían recibir.

—Atención, atención toda la tripulación... Vamos a tomar suelo en este lugar desconocido. Sujétense bien los atalajes, los motores pueden fallar, tenemos serias averías en varios puntos de la nave y no se sabe cómo responderán, deben de tomarse todas las precauciones. Suerte, compañeros.

La gran nave *New Pioner,* con posibilidades aerodinámicas, tomó suelo bajo el mando del comandante Zasbry con absoluta perfección, en un suave llano de color verde, no lejos de la orilla de aquel inmenso océano.

Hubo una gran sensación de alivio a bordo.

El comandante dio órdenes para que se tomaran toda clase de precauciones, incluyendo la detección de posibles gases venenosos y radiactividad, aunque a simple vista parecía que todo era normal fuera de la nave, normal comparativamente con la superficie del planeta Tierra.

Le pasaron datos a su pantalla personal del puente de mando.

De nuevo tomó el micrófono de megafonía múltiple: —Atención,

les habla el comandante. Nos hallamos en un lugar al parecer muy agradable, que estudiaremos a fondo. En principio, saldrá una patrulla de reconocimiento. Todos descenderemos de la nave, pero en grupos que se relevarán por turnos que se irán nombrando. La teniente Stephany que suba al puente; nada más.

Cuando la teniente Stephany se personó en el puente, no pudo evitar quedar impresionada ante lo que estaba viendo.

— ¿Es hierba lo que cubre el suelo?

—Eso parece, teniente —asintió Aquiles Zasbry, poniéndose a su lado.

—Es maravilloso. ¿Y seguro que no es un planeta?

—No, no lo es; sin embargo, hay gravedad bajo nuestros pies. Creo que nos hallamos en el núcleo sólido de la nube cósmica, aunque nada se puede asegurar, las leyes de la dinámica espacial se rompen aquí. Hay muchas cosas que averiguar por si conseguimos regresar al planeta Tierra y dar allí un informe exhaustivo sobre todo lo que exploremos e investiguemos.

—Será difícil que crean esto, comandante.

—Me temo que sí. —Suspiró—. Deberá preparar los turnos apropiados para salir al exterior. Nunca estará fuera de la nave más de la mitad de los que somos y deberá preparar también el entierro de los fallecidos que llevamos a bordo.

— ¿Piensa sepultarlos aquí, comandante?

—Creo que es un buen lugar. Los exploradores siempre han sido enterrados allá donde han ido a morir.

—Llevaré a cabo sus órdenes, comandante.

—Estoy seguro, teniente. ¿Cómo va la moral de los heridos?

—Bastante bien.

— ¿Y su pierna, teniente?

Stephany se sintió agradablemente sorprendida porque Aquiles Zasbry se acordara de su pierna.

—No es nada, señor, ya está bien; unos vendajes y asunto

concluido, no hay que pensar más en ello.

—Cuídese, todos somos indispensables ahora.

Lo que había dicho Aquiles Zasbry era cierto. Entre las víctimas ya irremediables y los heridos, habían sufrido un rudo golpe en el número de tripulantes, y para iniciar las reparaciones y distribuirse los turnos, había que contar con todos los elementos útiles.

Debía haber ocio y descanso y luego exploración, mientras los encargados de mantenimiento trataban de poner toda la nave a punto para que pudiera navegar sin contratiempos.

Los daños causados por la colisión contra la gigantesca roca flotante habían sido de gran consideración.

Muchas sorpresas iba a depararles aquel extraño lugar que no era un planeta, aunque sí tenía las mismas posibilidades de vida que la Tierra. Las sorpresas surgirían una tras otra y los muertos habidos, trágicamente para la *New Pioner,* no serían los últimos.

CAPÍTULO IV

Las tumbas fueron cavadas donde terminaban aquellas superficies verdes, de hierba corta, con raíces hundidas en una tierra rica en detritos orgánicos. Tras las tumbas comenzaba ya una vegetación más abundante que recordaba las lujuriantes selvas amazónicas de la Tierra.

El jefe de mantenimiento y emergencias, el teniente Slavio, un negro de elevada estatura, ancho de hombros, rostro noble y mirada inteligente, caminó hundiendo los tacones de sus botas en la hierba blanda para dar alcance al comandante Zasbry que se hallaba solo contemplando las tumbas, enfrentado a aquella selva que terminaba donde comenzaba la hierba.

Aquella hierba, aparentemente inofensiva, tenía tantas y tantas raíces que impedía que otra clase de semillas pudieran desarrollarse allí, pues en una profundidad de treinta centímetros todo eran raíces apretadas que no dejaban paso a ninguna otra especie vegetal.

— ¡Comandante!

Aquiles Zasbry se volvió lentamente hacia Slavio y dijo:

—Habrá que cortar una piedra y grabarla para dejarla aquí como constancia permanente de las tumbas de las primeras víctimas

de la exploración de una nube cósmica.

—Un especialista de mantenimiento podrá cincelar la piedra con el dardo láser.

—Tómelo como un encargo, teniente. Haga algo sobrio pero digno y duradero.

—Entre los hombres de mantenimiento hay uno que es artista, seguro que lo hará muy bien. Ahora, comandante, quería hablarle sobre la relación de daños.

—Adelante. ¿Cuándo estará la nave en condiciones?

—No lo sé, pero perfectamente, para navegar sin peligro, no antes de cien horas, y eso trabajando duro y destinando provisionalmente ocho especialistas más a mantenimiento. Necesitamos personal, las averías son serias.

— ¿Especialistas en qué?

—En motores nucleodinámicos y en bioelectrónica, para la computadora. Para reparar los daños del casco, chapa en general, hay personal suficiente y bien cualificado.

—De acuerdo, pasaré la nota a la teniente Stephany en cuanto regrese a la nave.

—Cuando pasen a mantenimiento los elegidos, serán destinados rápidamente a trabajos concretos. —Slavio miró hacia el cielo, comentando—. Es extraordinario ver un cielo con cinco soles.

—Sí, extraordinario ciertamente. Son soles mucho más pequeños que el que tenemos en nuestro sistema, pero son cinco y bien repartidos. Es curioso cómo se ha podido crear vida aquí, cómo hay tanta tierra, vegetación, atmósfera y soles que iluminan y dan vida.

—La nube cósmica forma un universo dentro del gran universo y es diferente.

—Sí, un universo dentro del otro y con leyes dinámicas distintas. Cuando la *New Pioner* esté en perfecto estado, sobrevolaremos todo lo que podamos para ver si la gravedad es uniforme en esta plataforma, inmensa pero plana y no curva como la superficie de la totalidad de los planetas.

—Podría tener un solo centro de gravedad si la plataforma fuera en realidad la base de un cono invertido, suponiendo que el centro irradiante de la gravedad partiera de la cúspide situada debajo.

—Sí, es una teoría a tener en cuenta. Hemos llegado aquí, pero ignoramos cómo es esta plataforma por debajo. Antes de abandonar este lugar efectuaremos todos los sondeos posibles, especialmente fotográficos. De lo contrario, sería muy difícil que los científicos de la Tierra llegaran a creerlo, esto es tan sorprendente…

— ¿Y arriba, qué cree que puede haber?

—No lo sé —respondió Aquiles Zasbry mirando hacia el cielo azul donde brillaban los cinco soles que irradiaban luz en toda su gama de rayos y el calor suficiente para mantener la vida en la inmensa plataforma en que se hallaban—. El aire nos lo hace ver todo azul; luego están los soles, pero ¿y después? Es posible que también haya rocas en suspensión y polvo cósmico. Es difícil determinar cuántos kilómetros, en línea vertical, tiene el polvo cósmico que hay por encima de la atmósfera que actúa como colchón para proteger la vida en esta plataforma.

— ¿Cree que cuando la nave esté lista lograremos salir de este paraíso o tendremos que quedarnos aquí por el resto de nuestros días?

—No sé si saldremos vivos, pero quedarnos por propia voluntad, eso no va a ser, intentaremos salir.

— ¿Buscando el camino utilizado para llegar?

—Sí.

— ¿Confía en que lo encontraremos?

—Todo depende de las averías que tenga la computadora que ha memorizado la ruta.

—Yo no confiaría en la memoria automática de la computadora.

—Es nuestra única posibilidad para escapar, hay que ser optimistas.

— ¡Comandante, allí! —exclamó de súbito el teniente Slavio, señalando hacia la vegetación que se movía.

—Puede ser una alimaña, no hay viento que pueda agitar esas

hojas —objetó Zasbry desenfundando su pistola ultrasónica.

— ¡Comandante, es el sargento Rondela!

— ¡Vamos, él es el jefe de una patrulla de exploración! —gritó Zasbry corriendo hacia el hombre que acababa de aparecer entre el follaje de la selva.

El sargento Rondela había salido vacilante, dando traspiés, agarrándose a las hojas de las plantas más altas hasta que cayó al suelo.

Cuando llegaron junto a él, comprobaron que su rostro estaba enrojecido y congestionado, como presa de una súbita fiebre.

—Sargento, sargento, ¿me oye? Soy el comandante...

El sargento le miró y barbotó unas palabras ininteligibles; después, ladeó la cabeza.

— ¿Qué le habrá sucedido? —inquirió Slavio.

—Eh, aquí, en la parte interior de la pierna, asoma algo pequeño, como las plumas de dirección de una flecha...

Aquiles Zasbry la tomó entre sus dedos y jaló de ella, arrancándola.

—Mire, Slavio, es una flecha minúscula.

—Parece de cerbatana. ,

—Sí, eso creo yo también y, por el efecto causado, debe estar emponzoñada. —Cargó sobre sus hombros al sargento y pidió a Slavio —: Sígame, me relevará.

Cuando hubo corrido doscientos metros en dirección a la nave, Zasbry se detuvo y el teniente le reemplazó en el transporte del herido. Así arribaron a la *New Pioner*.

Cuando el sargento Rondela fue tendido en la enfermería, el médico, tras mirarle los ojos, dijo:

—Ya no tiene remedio, ha muerto.

— ¡Maldita sea, tenía un veneno muy rápido!

— ¿Le ha mordido algún animal? —preguntó el galeno.

—Tenía esto clavado en la pierna.

El médico tomó la finísima y pequeña flecha que no tendría más de quince centímetros de larga y la examinó con el microscopio monocular. Aguardaron y al fin explicó:

—Está hecha de una fibra semejante al bambú. Puede ser también una espina natural de alguna especie de cactos algo transformada y, por supuesto, lleva un veneno orgánico mortal de necesidad. Lo confirmaré con los análisis químicos, pero no creo equivocarme. ¿Quién ha podido dispararle esto?

—Lo ignoramos, pero con el sargento Rondela iban cuatro hombres más. Me temo que no estamos solos y los que nos han descubierto no son muy pacíficos.

— ¿Qué piensa hacer, comandante?

—Ir en su busca debidamente protegidos, no quiero más bajas.

El galeno, escrutando la mortífera saeta que semejaba una aguja impresionante, dijo:

—Los trajes de malla de acero-plástico, con yelmo completo, son invulnerables a estas agujas. No podrían traspasarlos, y si éstas son las armas que utilizan los seres que habitan este lugar, podrán sentirse seguros.

La noticia se propagó por toda la nave.

Sabían ya que no estaban solos en aquel extraño lugar dentro de la nube cósmica. Había seres inteligentes, aunque a juzgar por el arma empleada, en estado primitivo.

Se ignoraba su número y posibilidades de agresión, ya que no parecían en absoluto pacíficos. Una patrulla compuesta por cinco hombres había sido eliminada silenciosamente.

Algunos pensaron que tenían algo a favor suyo. Allí siempre era de día, constantemente brillaban los cinco pequeños soles que se hallaban como suspendidos en el cielo, sin moverse, aunque fuera óptica y subjetivamente, como el Sol que alumbraba a la Tierra y que los terrícolas veían aparecer siempre por oriente y ocultarse por poniente.

Allí no había ciclos de iluminación e ignoraban si había estaciones como verano, otoño, invierno y primavera, aunque lo más lógico era suponer que siempre se hallaban en la misma estación y que el ciclo vital de los vegetales seguía leyes distintas a las del planeta Tierra.

Comenzaron a pensar que aquel lugar no era tan agradable como pareciera en un principio. Cinco muertos eran demasiados para opinar que aquello era un paraíso.

CAPÍTULO V

No muy a gusto, Aquiles Zasbry dejó en manos del mayor Calloway la nave que se hallaba detenida y en reparación. Había mucho trabajo que hacer, como había puntualizado el teniente Slavio, jefe de mantenimiento.

Aquiles Zasbry podía haber enviado a otro como jefe de la patrulla de reconocimiento para buscar los cuerpos de los que no habían regresado con el sargento Rondela, muerto por la flecha de cerbatana, mas prefirió ir él personalmente. Después de todo, allí en la nave nada podría hacer.

La pequeña columna, ataviada con los trajes de malla acero-plástica y yelmos con grandes cristales que les protegían el rostro, se metió en la selva, dejando atrás la suave hierba que conducía a las aguas del inmenso océano que habían sobrevolado hasta llegar al lugar donde se encontraban.

Componían la patrulla de recuperación, bien armada con fusiles y pistolas, el propio Aquiles Zasbry, la teniente Stephany y ocho hombres más que portaban cuatro parihuelas plegables para poder recuperar los cadáveres de los compañeros desaparecidos, pues nadie confiaba encontrarlos con vida.

Se introdujeron en la jungla justo por el lugar donde apareciera

el tambaleante sargento Rondela y no les fue difícil seguir su rastro a la inversa. Había hojas rotas, ramas tronchadas; hasta se podían ver sus huellas en el suelo. Aquel rastro se borraría con el paso de las horas, pero aún se mantenía fresco y relativamente fácil de seguir.

Llevaban un buen rato andando cuando la teniente Stephany, al llegar a un pequeño claro donde las copas de los árboles, por lo general repletas de intenso follaje, les permitían ver aquel extraño cielo con cinco soles, exclamó:

— ¡Aquí, aquí ha debido de ser, hay muchas huellas!

La teniente Stephany tenía razón y Aquiles Zasbry ordenó a sus hombres:

—Aumenten la vigilancia. Con los trajes que llevamos podemos estar a salvo de una emboscada, pero es mejor estar prevenidos. No disparen contra un nativo de este lugar salvo que sea completamente indispensable.

La teniente Stephany se había agachado para observar el suelo pisoteado y dijo:

—Son bípedos como nosotros, andan sobre dos pies y deben ir calzados con una especie de mocasines. Las huellas de las botas de nuestros hombres se ven claramente diferenciadas, fíjense aquí y aquí...

Era cierto, y había muchas huellas dispersas de aquellos mocasines que semejaban haber andado con sigilo.

Aquiles Zasbry miró hacia la espesura de la selva, por donde desaparecieron aquellos desconocidos que habían tendido una emboscada a los confiados terrícolas y se preguntó:

— ¿Por qué se habrán llevado los cadáveres de sus víctimas?

La pregunta, formulada en voz alta, quedó unos instantes en suspenso. La teniente Stephany inquirió preocupada.

— ¿Piensa que pueden ser caníbales?

—Aquí hay mucho vegetal, pero ignoramos cómo andan de proteínas animales. Si no las encuentran fácilmente, quizá sean caníbales.

Aquella posibilidad no gustó a nadie y los ojos se hicieron más escrutadores para desentrañar los misterios de la desconocida jungla.

—Pero si matan envenenando…

—Hay venenos que pierden su efecto después de actuar sobre la víctima elegida. Tendremos cuidado, y ya que no hemos encontrado aquí los cuerpos que buscamos, seguiremos adelante hasta dar con ellos—. Cargados no deben haber ido muy lejos. Hay que hacerles comprender que no estamos dispuestos a ser sus víctimas propicias cuando hemos venido en son de paz.

El rastro fue ahora más fácil de seguir y mientras avanzaban se dieron cuenta de que había infinidad de insectos, y más grandes que los que podían verse en la Tierra; sin embargo, no había pájaros. Se escuchaban zumbidos de algunos insectos volando, pero no cantos de pájaros como podían escucharse en cualquier selva o área arbolada de la Tierra. Allí era distinto y más inquietante.

Las huellas de los nativos que habían cargado con sus víctimas se veían más pesadas, más hundidas. El grupo no era inferior a diez seres.

Al fin, la selva quedó cortada, como cuando cerca del océano comenzaba la hierba que terminaba en la arena batida por las olas. Sin embargo, allí no había hierba sino piedra.

Todo el suelo estaba enlosado y terminaba en la falda de una colina en la que se veían unas entradas también reforzadas con piedra y muy angostas, pues por ellas sólo podría pasar un hombre o a lo sumo dos.

— ¡Allí, allí! —gritó Stephany desde el interior de su yelmo protector.

Había señalado dos grandes, altos y gruesos árboles, de troncos tan rectilíneos que habrían servido para un mástil de bandera de altura muy considerable.

De árbol a árbol, bien cogida por los troncos, partía una gruesa cadena de acero en horizontal. De su centro colgaba una derivación de la cadena y del extremo de ésta, como cogido por las axilas, el cuello y la espalda, pendía uno de los terrícolas previamente desnudo.

—Por todos los demonios, ¿qué querrán hacer? —rugió Zasbry.

—Comandante, puede ser una trampa.

Aquiles Zasbry sabía que lo que acababa de advertir uno de los componentes de la patrulla era cierto, podía ser una trampa, pero ¿qué clase de trampa? No tardaron en averiguarlo.

Por el extremo opuesto de la explanada se produjo un intenso rumor. Luego, algo fuerte, como si muchas hojas fueran aplastadas de golpe; el sonido se transmitió por el suelo, captándolo a través de sus pies.

— ¡Atrás, atrás! —ordenó Aquiles Zasbry.

Quedaron atónitos ante el gigantesco batracio que acababa de aparecer.

Sus enormes ojos miraron en todas direcciones. Era un rugoso sapo de color verde y pardo que pesaría más de cinco toneladas.

Semejó fijarse en el cadáver que pendía de las cadenas entre árboles. Observó a un lado y a otro, como asegurándose de que no había nada más a su alcance y después, en tres saltos llegó junto al cuerpo.

Con una velocidad espeluznante, lanzó su lengua, con la que atrapó al terrícola, jalando de él. La cadena cedió.

El animal engulló el cadáver entero con su gigantesca boca de bandeja. Aguantó con la cadena saliéndole de la boca y después volvió a jalar, moviendo la cabeza a derecha e izquierda.

Mas fue la cadena la que jaló de él, pues los árboles habían cedido actuando como muelles. El animal se encontró un tanto desplazado del suelo, comenzando a agitar sus enormes patas, pero no podía escapar.

— ¡Dios mío, qué horror, lo han utilizado como cebo! —observó la teniente Stephany.

La agonía iba a ser lenta y dolorosa para el animal. En alguna parte del cadáver terrícola, aquellos nativos debían haber ocultado un anzuelo o algo similar y el gigantesco sapo, que lo tragaba todo de golpe, se había encontrado enganchado dentro de su aparato digestivo, sin posibilidad de escapar.

—Comandante, ahora salen los nativos —dijo uno de los

miembros de la patrulla de rescate.

Efectivamente, de forma tímida, comenzaron a aparecer los nativos de entre aquellas angostas puertas que debían conducir a túneles que se adentraban en las entrañas de la colina.

Los nativos eran seres semejantes a los terrícolas, por lo menos en su apariencia externa.

Eran altos, espigados, bien proporcionados y con abundancia de cabello, lacio e intensamente negro, cayéndoles sobre los hombros. No usaban más atuendo que unos pequeñísimos taparrabos y unas cintas de piel cruzaban sus pechos, colgando a la espalda reducidas aljabas.

Se podía diferenciar perfectamente a los hombres de las mujeres; utilizaban idénticos taparrabos, pero a las mujeres, como era lógico, se les veían las mamas, pechos que las jóvenes tenían ebúrneos y erectos. Su piel era de un color blanco, ligeramente tostado.

Eran seres muy primitivos comparados con los terrícolas, pero no había que olvidar de lo que eran capaces. No lejos de allí colgaba el gran sapo atrapado por un anzuelo escondido dentro del cebo, un cebo que trágicamente había sido un hombre terrestre.

Los terrícolas no habían sido descubiertos aún. Aquellos nativos carecían de un sistema de centinelas; se limitaban a colocar sus trampas, a marcharse y a esperar cuando no salían en grupo a cazar. En una de esas cacerías debió ser cuando los terrícolas fueron atacados y muertos.

Aquiles Zasbry, de forma consciente y sin obedecer a súbitos impulsos, quitó el seguro de su fusil polivalente, ultrasónico y láser.

Disparó sobre el gigantesco sapo, cogido por el monstruoso anzuelo que se había tragado junto con el cebo humano.

La cabeza del enorme batracio se puso incandescente. Humeó fuerte mientras el anfibio dejaba de moverse. Luego, cayó al suelo panza arriba, medio carbonizado. La cadena había quedado cortada por el disparo.

— ¿Qué pasará ahora con el cadáver de nuestro compañero? —preguntó la teniente Stephany.

—Sería horrible sacarlo de donde estará, lo reduciremos a cenizas.

Aquiles Zasbry y otros dos terrícolas más dispararon sus armas sobre el sapo.

Todo él se puso primero negro y luego rojo, mientras se alzaba una humareda hacia el cielo de los cinco soles.

Al fin, quedó blanco. Un golpe de viento dispersaría aquellas cenizas.

El sapo había engullido a un terrícola muerto, mas no había tenido tiempo de digerirlo y, ahora, ambos eran ya cenizas mientras los nativos, asustados de aquel poder, corrían a ocultarse dentro de la colina por las angostas puertas de piedra por las que, obviamente, no podían pasar los gigantescos sapos.

Para los terrícolas resultaba difícil por el momento averiguar si aquellos monstruosos batracios eran solitarios, constituyendo peligros aislados, o por el contrario, en determinados momentos, podía aparecer una manada de ellos, devorando a todos los animales que hallaran a su paso.

Había que tenerlo muy en cuenta para no ser sorprendidos en sus trabajos junto a la *New Pioner*.

—Nos tienen miedo —dijo Stephany.

—Es lógico, ellos tienen armas primitivas. Parecen estar en la edad del hierro, tienen hasta acero, pero es posible que no hayan desarrollado aún ninguna clase de máquina y se hallen en una industria primitiva y artesanal que los distancia mucho de nosotros.

— ¿Les cegamos las salidas, comandante? —preguntó el sargento del grupo, que se había subido a la vasta plataforma pétrea que formaba la gran explanada al pie de la colina.

—No, no podemos declararles la guerra total, no sería justo.

— ¿Por qué? Ellos han matado a cinco de los nuestros, comandante —recordó el sargento

—Para ellos ha podido ser algo natural; en cambio, para nosotros, no lo es. Hay que darles una oportunidad. Además, hemos de averiguar lo que podamos de su constitución, de su inteligencia y de su cultura Son datos preciosos que deberemos llevar con nosotros de regreso a la Tierra.

De pronto, de una forma lejana y profunda, comenzó a oírse un sonido de tambores e instrumentos de viento de difícil clasificación. La música emergía de la colina y Aquiles Zasbry estaba seguro de que las puertas angostas que tenían enfrente, a unos doscientos metros de distancia, no eran las únicas que poseía la colina, verdadero nidal de los nativos que habitaban en la zona.

Al poco, aparecieron unos guerreros armados con lanzas. No avanzaron en actitud agresiva, sino como de ceremonia. Llevaban cascos dorados que podían ser de oro, brazaletes, collares y calzados de extremado lujo que refulgían a la luz de los cinco soles.

En medio del grupo de guerreros avanzó una mujer alta y muy joven a juzgar por la tersura de la piel de todo su cuerpo.

Sus cabellos, intensamente negros y brillantes, lacios y bien cepillados, le llegaban hasta la desnuda cintura.

Lucía collares de oro con brillantes y esmeraldas engarzadas, y la pieza que cubría su sexo era de joyas muy valiosas. De sus muñecas colgaban pulseras, de oro, platino, brillantes, rubíes y otras estimadas gemas, algunas desconocidas para los terrícolas.

De pronto, los guerreros se detuvieron, dieron media vuelta y regresaron a las angostas puertas de piedra, pero la bella nativa había quedado allí en medio, sola, mirándoles con sus ojos muy grandes y maravillados, unos ojos oscuros y profundos que conjugaban con la espléndida y singular belleza de su rostro, de su cuerpo estilizado y bien curvado, lleno de atractivo sensual.

Los hombres terrícolas notaron como un nudo en su garganta. Era demasiada belleza para ignorarla.

Había quedado allí sola por algún motivo concreto, y Aquiles Zasbry opinó:

—Parece que nos la entregan como tributo o compensación por el daño que nos han causado.

La teniente Stephany sintió una punzada de celos, pese a saberse a sí misma también muy hermosa.

Tenía tanta esbeltez como aquella hembra; unos senos que podían parecerse mucho, duros, casi agresivos y suaves y cálidos a la vez, unas piernas fuertes y bien torneadas.

Los ojos de la nativa eran oscuros, pero los suyos claros, azul verdosos. El cabello de Stephany era rubio, casi platinado, frente al negro intenso y más salvaje de la nativa, pero lo que la inquietaba era el misterioso exotismo que emanaba de aquella hembra.

—Puede ser una trampa, mi comandante —rezongó Stephany, mirándole de reojo a través del cristal de su yelmo.

La música de tambores aumentó de intensidad, se hizo más sensual y concreta.

La nativa comenzó a danzar sin moverse apenas del lugar donde la dejaran, ondulando su cuerpo con una sensualidad que secaba los paladares y con aquel baile demostraba también la elasticidad de sus músculos.

No la estorbaron en aquella danza ritual, pero cuando se detuvo y quedó aguardando, Aquiles Zasbry dijo:

—Voy por ella.

— ¡Comandante, puede ser una trampa! —insistió Stephany, nerviosa.

—Ella puede ser un elemento precioso para obtener información.

—Si se la lleva, creerán que la acepta como tributo.

—Eso ya lo solucionaremos en otro momento. Ahora, cúbranme y vigilen que no aparezcan más sapos gigantes; no me gustaría acabar en la tripa de una de esas bestias.

Aquiles Zasbry avanzó hacia la nativa, que aguardaba.

Al verle acercarse, ella sonrió y cuando el hombre llegó a su altura, la fémina se inclinó hasta arrodillarse e, inclinando la cabeza, besó las botas del terrícola.

Zasbry extendió su diestra y le acarició el cabello para infundirle confianza y amigabilidad.

— ¿Me entiendes, comprendes que te estoy hablando?

Ella alzó su cabeza y, en especial, sus grandes ojos. Le sonrió, pero el hombre dedujo que ella no le entendía en absoluto. La tomó por el brazo y la obligó a levantarse.

Echó a andar y la nativa le siguió sumisa, aceptando su destino.

La teniente se sintió en desventaja embutida en aquel traje de defensa a base de malla acero-plástica y con el yelmo cubriéndole toda la cabeza, incluido el cuello, mientras que la nativa sólo se tapaba lo más justo, y con joyas que al parecer formaban parte del tributo que los nativos rendían a los terrestres.

—Si nos la llevamos, nos odiarán —advirtió Stephany con el ceño fruncido.

—Es posible, pero ya la haremos regresar —contestó Aquiles—. Nosotros no aceptamos tributos de doncellas.

Stephany suspiró, aunque no estaba muy segura de cómo iba a acabar aquella situación.

La nativa era demasiado hermosa, demasiado joven y flexible, demasiado sumisa y sensual. Hasta parecía que iba a resultar demasiado mimosa para que un hombre, por duro que fuera, pudiese desprenderse de ella. Era una compañía que a los varones terrícolas podía resultar muy grata.

Volvieron sobre sus propios pasos de regreso a la nave, llevando consigo a la fémina nativa mientras Aquiles Zasbry señalaba los árboles de forma indeleble para poder encontrar el camino hacia la colina en cuanto lo desearan.

CAPÍTULO VI

Se hallaban reunidos en una pequeña sala especial dentro de la *New Pioner.*

Un especialista permanecía atento junto a un panel de mandos. La teniente Stephany estaba junto a la puerta y, cerca de ella, el médico de la expedición.

La hembra nativa, que había pronunciado palabras que no entendían y que estaban siendo computadas para descifrar su lenguaje en lo posible, se sentaba en una butaca frente a una pequeña pantalla que aparecía gris oscura, sin iluminar.

Aquiles Zasbry estaba frente al rostro de la muchacha, que le sonreía abiertamente. Desde que el comandante se había quitado el traje y el yelmo de protección, la joven nativa le sonreía más ampliamente, le provocaba con aquellos grandes ojos. Le acariciaba con sus labios aunque fuera a distancia y de una forma simulada.

La teniente Stephany apretaba la boca, molesta. La forma de actuar de la nativa era como para turbar al hombre más frío; era demasiado abierta y provocativa.

Aquiles Zasbry hizo unos pases lentos y suaves con sus manos, moviendo los dedos como si cada uno de ellos, en determinado momento, fuera un electrodo capaz de irradiar una fuerza magnética. Al fin, la joven cerró los párpados y, cuando volvió a abrirlos, estaba hipnotizada.

—Ahora, doctor, ella se estará quieta.

El médico asintió con la cabeza. Tomó cincuenta electrodos, que colocó minuciosamente sobre el cráneo femenino, y dijo:

—Listos.

—Pues, adelante.

El especialista que se hallaba al mando del panel electrónico comenzó a girar diales, a pulsar botones y a mover clavijas.

La pantalla se iluminó frente a los ojos de la nativa y comenzaron a aparecer imágenes simples y que en ocasiones parecían absurdas mientras los electrodos comunicaban directamente a su cerebro palabras, conceptos y sentidos que se hallaban relacionados con las imágenes que mostraba la pantalla.

Aquél era un método superespecializado para aprender un idioma en un tiempo increíblemente mínimo sin que el estudiante, en este caso la nativa, se enterase.

Cinco mil voces iban grabándose en la memoria de la muchacha sin que ella se apercibiera mientras por sus ojos entraban las imágenes que ayudaban a la comprensión.

Verbos, pronombres, preposiciones, composición de frases, todo quedaba asimilado gracias a aquel sistema de electroencefalogía.

El ciclo completo de estudio concluyó en apenas cincuenta minutos, pero Aquiles Zasbry ordenó:

—Otro pase, así nos aseguraremos de que ha asimilado bien las bases mínimas de nuestro idioma.

—Bien —aceptó el médico—. Parece muy joven, y luego no tendrá ni siquiera jaquecas; su cerebro está muy bien dotado.

— ¿Cuántos años cree que tendrá? —preguntó Aquiles Zasbry, mirándola y admirándola ante el disgusto de la teniente Stephany.

—Es difícil saberlo. Ellos no tienen aquí noche ni día, ni siquiera los ciclos anuales que se dan en la Tierra. No sé todavía cómo funcionan sus ciclos vitales, pero por su aspecto, y estableciendo un paralelismo con una hembra terrícola, diría que unos diecisiete o dieciocho años, poco más o menos.

—Realmente joven.

—Demasiado para ser entregada como tributo —objetó la teniente Stephany.

Se realizó el pase completo y después el médico procedió a quitarle los electrodos del cráneo.

Aquiles Zasbry se colocó frente a ella y, esforzándose por dar un tono cálido a su voz, le dijo:

—Ahora, cuando dé una palmada, despertarás. Sabrás hablar como nosotros los terrícolas y nos responderás a todo lo que te preguntemos. Queremos ser amigos de tu pueblo, no deseamos la guerra. Tú contestarás sin miedo, somos tus amigos, no lo olvides. Primero, cierra los ojos y aguarda a que dé una palmada.

Al fin, dio la palmada y la muchacha abrió despacio sus grandes ojos oscuros.

Su rostro expresó cansancio, como si hubiera hecho un sobreesfuerzo, un trabajo mental muy intenso.

— ¿Te encuentras bien? —le preguntó Aquiles.

—Sí.

Todos la miraron. Había comprendido y respondido adecuadamente, lo que equivalía a que el método había funcionado. Su cerebro había asimilado el idioma de los terrícolas en sólo cien minutos de tratamiento de electroencefalogía.

— ¿Cansada?

—Sí.

—Somos tus amigos. Yo me llamo Aquiles, ¿y tú? .

—Tagua.

—Tagua, un nombre muy exótico. ¿Cómo se llama tu pueblo?

—Ugon.

— ¿De modo que sois ugonitas?

—Sí.

— ¿Vuestro pueblo ha vivido siempre en el lugar donde tú viniste a nosotros?

—No.

— ¿Dónde estaba antes?

—Los ancianos del senado dicen que muy lejos, pero fuimos atacados por los hijos de Ragat y emigramos a través de desiertos, selvas, pantanos y montañas. Abandonamos nuestras ciudades calcinadas, con la mayor parte de nuestro pueblo aniquilado, y vinimos a vivir aquí, cerca del gran océano —fue explicando Tagua, con un acento muy aceptable.

La muchacha tenía muchas posibilidades para los idiomas, aunque sólo hubiera hablado uno en su vida y ahora dos, tras

introducir en su mente la lengua terrícola sin que Tagua se percatara de ello.

— ¿Quiénes son los hijos de Ragat? —prosiguió Aquiles.

—El pueblo que vive al otro lado de los grandes lagos, de los hielos. Tienen máquinas voladoras y son muy crueles con los ugonitas.

— ¿Los hijos de Ragat tienen más poderes que vosotros?

—Sí.

— ¿Armas de fuego?

—Sí.

— ¿Pensasteis que nosotros éramos de Ragat?

Tagua vaciló un poco antes de responder..

—No sois iguales —dijo—, pero los guerreros ugonitas estimaron que podíais ser igualmente peligrosos y que nos podíais exterminar y arrojar a los océanos.

—Hemos venido en son de paz y vosotros habéis matado a cinco terrícolas.

—Es cierto, pero tenemos que defendernos.

— ¿Y usar los cadáveres como cebo para atrapar a esos enormes sapos?

—Los grandes sapos son devoradores de ugonitas y también de los hijos de Ragat si consiguen atraparlos. Los grandes sapos engullen a todos los seres vivos que se ponen al alcance de su lengua. Hay que matarlos con trampas, y luego son nuestro alimento. Los ugonitas vivimos de la caza.

—Comprendo, pero no está bien usar un cuerpo humano como cebo. ¿Utilizáis también vuestros cadáveres?

—Sí. Se colocan muchas trampas y los grandes sapos son atrapados. Son grandes, poderosos y temibles, pero estúpidos, y siempre caen en la misma trampa, comen y quedan atrapados. No pueden resistir engullir un cadáver o ser vivo en cuanto lo ven, sea ugonita, hijo de Ragat o vosotros los terrícolas, como habréis visto.

—Sí, lo hemos visto. Podríais pescar.

—Pescamos en el océano, pero no se puede vivir cerca de las aguas porque los grandes cangrejos todo lo destruyen.

— ¿Cangrejos al borde del océano?

—Sí, grandes y peligrosos cangrejos.

—Habrá que tenerlo en cuenta, tomaremos precauciones.

—En los grandes lagos se vivía mejor, según explican. Allí se pescaba y cazaba hasta que aparecieron los hijos de Ragat y nos hicieron la guerra. Mataron y se llevaron a hombres y mujeres como esclavos.

— ¿Les pagáis tributo todavía?

—Sí. Se llevan a las doncellas más jóvenes y hermosas, y también a los varones jóvenes y fuertes para utilizarlos como esclavos. Los hijos de Ragat son poderosos y hay que pagarles tributo, pero algún día el pueblo de Ugon será fuerte y les venceremos.

—Si lucháis contra Ragat y vencéis, seréis luego igual que ellos, crueles con los vencidos.

—No, nosotros sólo queremos regresar al lugar de nuestros antepasados y que los hijos de Ragat ocupan sin aprovechar, pues ellos tienen más pueblos, más tierras al otro lado de los grandes lagos, de los hielos.

—En este caso, se podrían iniciar conversaciones con los hijos de Ragat para que os devuelvan lo que os quitaron.

—No lo harán nunca si antes no son vencidos.

—Se puede intentar. ¿Qué te parece si tú regresaras con tu pueblo y hablaras con tus jefes? Nosotros os acompañaríamos al país de los hijos de Ragat.

— ¿Regresar yo con mi pueblo? —exclamó asustada—. Eso jamás. Pensarían que he sido despreciada; sería expulsada y condenada a vivir sola en la selva hasta que los insectos o los grandes sapos me devoraran.

—Pues me temo que será difícil ponernos de acuerdo con tus jefes, que nos toman por nuevos invasores. Me gustaría saber muchas

cosas de los ugonitas, Tagua.

Quiero saber mucho de vosotros para ser más amigo vuestro, para poder comprenderos mejor.

—Yo te diré lo que quieras, Aquiles, soy tu esclava.

—No eres mi esclava sino mi amiga, sólo mi amiga.

—He sido entregada a ti, el jefe de los terrícolas, para ser tu esclava, para que me tomes y me ordenes lo que más te guste. Eres mi amo y señor y sólo te ruego que no castigues a mi pueblo con tus poderosas armas.

—Tagua, Tagua, tenemos que hablar mucho tú y yo para que comprendas.

— ¿Grabamos, comandante? —preguntó el médico.

—No, aquí no. La llevaré a algún reservado y ya me ocuparé yo mismo de grabar.

— ¿Se la llevará a su hábitat, por ejemplo? —preguntó Stephany mordiente, cargada de intención.

—Es una buena idea, teniente. —Miró a la nativa y dijo—: Tagua, ven conmigo, a solas estaremos más tranquilos.

Tagua, muy contenta, le siguió. Le gustó alejarse de los demás, en especial de la terrícola rubia. Ambas mujeres se percataban de la rivalidad que existía entre ellas.

Por un corredor, Aquiles Zasbry descubrió al mayor Calloway y le llamó.

El mayor admiró la belleza de la ugonita, una belleza que saltaba a la vista por el vestido de gemas y oro que llevaba en su más mínima expresión y que realzaba su atractivo natural.

—Mayor, sabemos ahora que de las aguas de ese océano que tenemos cerca salen unos cangrejos gigantescos. Ponga hombres armados de vigilancia y con radios portátiles para dar la alarma si esos cangrejos aparecen.

—Pondré los centinelas, comandante. ¿Y si salen esos bichos?

—Bárranlos, comeremos cangrejo asado. No quiero que nos

sorprendan.

—No nos dejaremos sorprender, comandante. Le notifico también que las reparaciones siguen a buen ritmo, el teniente Slavio es muy competente.

—Lo sabía. Ah, que tengan lista la *Little Pioner;* quizá la emplee dentro de unas horas.

— ¿Piensa salir con la nave pequeña a explorar mejor la selva?

—Sí. Podré fotografiar mejor todo este continente y llegar a la zona de los grandes lagos, de los hielos. —

¿Existen unos grandes lagos de hielo?

—Sí —asintió la propia Tagua.

—Vaya, ya nos entiende.

—Así es, mayor.

Aquiles Zasbry se alejó con Tagua, llevándola a su hábitat.

Cerró la puerta y conectó una grabadora. De un cajetín de grifería llenó un vaso de café y se lo ofreció a la joven, que lo observó perpleja.

—Puedes beberlo, es bueno. Yo también lo tomo, mira.

Ella le imitó y no pareció gustarle demasiado aquella bebida. Dejó el vasito y, alzando sus brazos, rodeó el cuello de Aquiles Zasbry.

—Tú eres mi amo —musitó—. Pide lo que quieras y serás complacido. Para eso he sido entregada a ti.

Antes de que pudiera responder, Aquiles Zasbry tuvo que saborear los ardientes y profundos besos de la bellísima y exótica ugonita.

CAPÍTULO VII

Cerca de popa, la panza de la *New Pioner* se abrió, dejando al descubierto el hangar donde se hallaba la *Little Pioner,* una nave de múltiples posibilidades e incluso más rápida que la *New Pioner.*

Podía volar dentro de una atmósfera, por densa que ésta fuera, y sin atmósfera, a altísimas velocidades, aunque, como es lógico, carecía del inmenso radio de acción de la nave que la refugiaba.

La *Little Pioner* estaba lista para entrar en funcionamiento. Había sido revisada tras el largo período de inactividad y todo estaba en orden. Tenía poder ofensivo, pues iba equipada con varios cañones y diez tubos lanzamisiles. Uno de los misiles era narcotizante; dos de fuerte onda expansiva, capaces de desmoronar montañas si se requería, y el resto eran térmicos.

El teniente Slavio se presentó con su equipo, sorprendiendo a Aquiles Zasbry que aguardaba junto a la nave.

— ¿Usted?

—Sí, comandante. Me han pedido que participe en esta misión en calidad de oficial de armas.

—Usted está al mando del mantenimiento —le objetó Zasbry.

—Así es, pero he dejado a un sargento mayor para que ocupe mi puesto. Todo se va reparando sin problemas, puedo estar ausente unas horas. La teniente Stephany me consultó al respecto y le dije que sí. Era el sargento Rondela quien debía acompañarle en este viaje, pero él, desgraciadamente, ha fallecido.

—De acuerdo. Si está seguro de que las reparaciones seguirán a buen ritmo sin su presencia, me doy por enterado.

Quien más le sorprendió fue la propia Stephany, que se presentó también con su equipo, dispuesta a subir a bordo de la *Little Pioner.*

— ¿Listos, comandante?

—Teniente Stephany, es necesario un geógrafo fotográfico; usted es jefe de personal.

—Así es, señor, por eso escojo al personal idóneo en cada momento. No olvide que hemos sufrido muchas bajas, y una de ellas fue el geógrafo. Yo ocuparé su puesto si usted lo permite, comandante.

—Si se cree capaz de llevar a cabo ese trabajo, suba a bordo, ya estamos los cuatro.

Dentro de la nave aguardaba Tagua, que sonreía. Ya no tenía aire de cansancio como al despertar de su estado hipnótico; parecía satisfecha, y a la teniente Stephany eso la molestó, pero se guardó mucho de manifestarlo o simplemente que se reflejara en su rostro.

Minutos más tarde, la *Little Pioner* salía despacio del hangar.

Se deslizó sobre el césped, adquirió un poco de velocidad y se elevó casi en vertical con un terrible trueno que debió espantar a todas las bestias de la jungla en muchos kilómetros a la redonda.

Instantes después, los terrícolas que allí quedaban la perdieron de vista.

La bella Tagua, desde niña, había oído hablar del poder de los hijos de Ragat, que observaban desde el cielo con sus máquinas voladoras.

Tagua ignoraba lo que era un pájaro, porque allí no los había, por ello aún le parecía más sorprendente poder alzarse y ver desde arriba la jungla.

—Allí, Tagua, allí está la colina con la explanada de piedra donde nos vimos por primera vez —indicó Aquiles Zasbry.

—Qué pequeña —exclamó la joven ugonita, devorando con sus oscuros ojos cuanto veía.

— ¿La fotografío? —preguntó la teniente Stephany.

—Sí, fotografíelo todo, hemos de componer un mapa fotográfico.

— ¿Nos verán ellos? —inquirió Tagua.

— ¿Tus amigos y familiares?

—Sí.

—Creo que sí nos verán, pero no sabrán que tú vas dentro de esta nave. Ahora nos dirigiremos al área de los grandes lagos de los hielos. ¿Has estado allí alguna vez?

—No.

— ¿Tus padres sí?

—Tampoco, ni mis abuelos. Fue antes de que nacieran mis abuelos cuando nuestro pueblo fue expulsado por los hijos de Ragat.

— ¿Y se casan con las doncellas ugonitas que entregáis como tributo?

Tagua movió la cabeza negativamente; su largo cabello endrino se agitó.

—No. Somos utilizadas para darles placer, pero de nosotras no pueden nacer hijos de Ragat.

— ¿Son diferentes?

—Sí.

— ¿Qué opina de eso, comandante? —inquirió Stephany.

—Hasta que no los veamos, nada podré decir. Los análisis hechos a Tagua demuestran que sus células y cromosomas son iguales a los de nuestra especie terrícola. Un cruce entre nosotros sería normal, sin problemas.

— ¿Lo ha probado, comandante?

Aquiles Zasbry miró a la rubia, la cual sostuvo su mirada durante unos segundos; al fin, la desvió.

— ¡Eh, comandante, allí, a la derecha! —señaló Slavio.

—Hay ciénagas —dijo la teniente Stephany, deseando hacer olvidar sus anteriores palabras.

—Sí, y a través del teleobjetivo estoy viendo una plaga de esos sapos gigantes.

— ¿Sapos gigantes? —Aquiles miró a la bella Tagua y le preguntó—: Esas bestias son vuestros enemigos encarnizados, ¿verdad?

—Nos sirven de alimento, pero también nos devoran e impiden que nos desarrollemos bien, No podemos tener agricultura como tenían nuestros ancestros al otro lado de los grandes lagos; los sapos gigantes, que nosotros llamamos cakloms, lo devoran todo y cuando uno o varios ugonitas están solos, saltan sobre ellos y los engullen sin darles tiempo ni a gritar.

— ¿Les hago un favor, comandante? —preguntó el alto y poderoso negro.

—Adelante, Slavio.

El negro puso el cañón láser medio dispuesto para disparar. Enfocó la zona con el teleobjetivo y apretó el botón rojo.

El dardo lumínico brotó de la *Little Pioner* y los sapos fueron cazados con gran facilidad. Tagua lo veía a través de una pantalla de televisión que reflejaba lo que estaba ocurriendo.

Los dardos láser atravesaban a aquellos monstruos haciéndolos saltar heridos de muerte. Slavio eliminó a docenas de aquellas malignas bestias que impedían el desarrollo de los ugonitas.

« —Si lo supiera el consejo de ancianos, agradecería lo que habéis hecho —dijo Tagua.

—Si acceden a ser nuestros amigos, les daremos una prueba de buena voluntad olvidando la matanza de nuestros compañeros. Haríamos una limpieza de esos grandes sapos para que podáis tener

plantaciones de nuevo.

—Cuando el consejo de ancianos sepa esto, os pedirá perdón por la muerte de vuestros guerreros.

—Eso espero. No es fácil olvidar la muerte de cinco hombres.

Aquiles Zasbry sabía bien que al mayor Calloway no le había hecho ninguna gracia el intento de comunicación con los ugonitas después de que éstos mataran a cinco terrícolas.

Aseguraba que repetirían la matanza en cuanto pudieran; Aquiles Zasbry le había rebatido diciéndole que era lógico que les atacaran si eran un pueblo acosado y emigrado por la imposición de unos expoliadores que poseían armas voladoras como los propios terrícolas.

Por otra parte, en el espíritu de las exploraciones estaba el comunicarse amistosamente y en son de paz, al precio que fuera, con cualquier especie inteligente hallada en el espacio.

La jungla resultó inmensa, como todo el continente asiático en el planeta Tierra.

Era muy posible que existieran otras comunidades en la misma situación que los ugonitas, pero para averiguarlo haría falta una exploración a fondo.

Stephany iba fotografiándolo todo con el sistema automático; después, aquellas instantáneas podían ser ampliadas y en pantalla aparecerían con todo detalle, hasta los insectos si se ˆrequería.

El suelo se fue haciendo más y más ralo. Vinieron unas estepas y, luego, desiertos.

Con sus sensores, Aquiles Zasbry detectó:

—Aquí hay menos presión y menos gravedad. NO es una plataforma totalmente uniforme en sus propiedades físicas y geológicas. —Miró a Tagua y dijo—. Aquí deberían pasarlo muy mal tus ancestros cuando emigraron.

—Sí, nuestra historia lo cuenta.

— ¿Qué cuenta? —quiso saber Stephany.

—Que de cada cien que salieron, sólo llegó uno y que de cada

cien niños que tenían que nacer, sólo nacieron dos. Nuestro pueblo se hizo pequeño y pobre después de la derrota y el éxodo impuesto por los hijos de Ragat.

Sobrevolaron los vastos desiertos, con dunas y tormentas de arena.

Volvieron a aparecer los vegetales y, después, amplios bosques y praderas surcadas por ríos generosos. Parecía un lugar excelente para ser habitado y criar ganado.

Se veían manadas de bóvidos semejantes a los terrestres y hasta de caballos que los ugonitas, en su nuevo emplazamiento, no poseían.

Prosiguieron por encima de los grandes bosques de colinas suaves. Vinieron áreas frías y comenzaron a ver los grandes lagos de los hielos, pues, efectivamente, tenían hielo muchos de ellos, pero eran hermosos y puros.

—Son soberbios —opinó Stephany.

—Es tal cómo lo cuentan los ancianos al hablar del paraíso del que fuimos expulsados —comentó Tagua mirando por la ventanilla de la nave hacia abajo, pues Aquiles Zasbry había reducido la velocidad para poder contemplar a placer tanta belleza.

Entre los grandes lagos había vastas extensiones de arbolado virgen.

—Vivir en una cabaña ahí abajo ha de ser muy hermoso —opinó Stephany—. Si lo vieran los encargados del ocio de nuestra confederación, lo convertirían todo en área vacacional.

—Sería una pena —comentó Aquiles.

En aquellas extensiones, la vida se desarrollaba pura y hermosa, sin degradaciones brutales y aberrantes como la aparición de los grandes sapos de las ciénagas o los cangrejos de los que habían oído hablar.

Allí todo era compensado y equilibrado, quizá porque carecían de alguna radiación que cerca del océano mutaba a los animales, convirtiéndolos en monstruos desequilibrados con su entorno ecológico.

Contemplando aquella maravilla de lagos, bosques y praderas,

comprendieron los terrícolas mucho mejor el daño que los hijos de Ragat habían infligido a los ugonitas al obligarles al éxodo tras la derrota. Y no había sido un acto justificado, pues había espacio más que sobrado para que vivieran sin problemas, no sólo los ugonitas sino mil civilizaciones más como la suya.

Las distancias en aquella plataforma con vida dentro de la nube cósmica, no podían compararse con las del planeta Tierra, eran mucho mayores. Incluso, Slavio llegó a elucubrar:

—Si nuestro planeta empobrece, la civilización terrícola podría emigrar aquí. Primero, como colonia de adaptación, y posteriormente, en una gran emigración, hay espacio sobrado para todos. Esto es muy grande, muy hermoso, y parece que da para muchos seres vivos. No hay ninguna polución, el aire es totalmente puro. Comandante, ¿cómo cree que esta plataforma ha podido crearse dentro de la nube cósmica?

—Es difícil, debería ser examinada por científicos, pero mi opinión de lego es que la nube cósmica, en su avance, atrapa planetas y los engulle. Estos chocan contra el núcleo sólido de la nube y pasan a formar parte de él. Si los planetas absorbidos quedan bajo la plataforma, formando su subsuelo, transmiten su fuerza magnética hacia arriba, ya que toda la masa no puede girar esféricamente.

—Y los que chocan con la parte superior constituyen la superficie de la plataforma.

—Sí. De cuando en cuando, aquí tendrán grandes cataclismos. Es posible que los lagos cambien de forma, los ríos se desborden y las montañas se hundan, pero con lo grande que es, y el tiempo que tardará en chocar contra nuevos planetas, el peligro no es superior al de los terremotos en la Tierra. No creo que el tanto por ciento de riesgo telúrico sea más elevado que el nuestro.

— ¿Y no podría ser que tanto los ugonitas como los hijos de Ragat sean civilizaciones de planetas engullidos por la nube cósmica, lo mismo que la Tierra será absorbida algún día por esta nube?

—Sí, teniente Stephany, es muy posible que cada civilización sea de un planeta diferente, incluso de sistemas solares distintos que luego se han encontrado en esta plataforma. Los supervivientes de los cataclismos se han sobrepuesto al nuevo sistema y han vuelto a desarrollarse. Habría que estudiar la historia de unos y otros y seguramente nos hablarían de un solo sol, de un planeta, de un día


que perdieron la luz, se hicieron las tinieblas y su astro se desgajó.

— ¿Quién te ha contado esa historia? —preguntó Tagua de improviso.

— ¿Qué historia; —inquirió Aquiles.

—Pues la de que hubo un tiempo que nuestro pueblo sólo tenía un sol y vivíamos en un planeta redondo que se llamaba Ugon. Vino una noche larga y Ugon se desgajó. Murieron casi todos los ugonitas; los que quedaron se encontraron con cinco soles y no hallaron a los muertos para darles sepultura. Comenzaron una nueva vida en una tierra mejor y luego, cuando los ugonitas se aposentaron y vivían plácidamente, aparecieron los hijos de Ragat y les hicieron la guerra. ¿Tú lo sabías, Aquiles?

—No —respondió Aquiles Zasbry—, pero era de suponer. Debía haber una explicación lógica a la formación de vida en esta plataforma que semeja la cascara de un planeta habitable. En realidad, la nube cósmica es como un gran sapo que devora a los planetas que quedan a su alcance y que pasan a formar parte de su núcleo sólido, pero aquí dentro se ha formado una vida muy digna de tener en cuenta.

—Sin embargo —opinó la teniente Stephany—, trasladar a toda la población terrícola a esta plataforma sería imposible. Está a una distancia astronómica de nuestro planeta.

Sin abandonar su puesto, siempre atento a lo que aparecía ante sus ojos. Aquiles le rebatió:

—No estará tan lejos cuando la propia nube se aproxime a la Tierra, cuando entre en nuestro sistema solar. Entonces, el salto será muy fácil. Incluso, si el planeta Tierra se abandona ordenadamente antes del choque, se evitará una masacre. Este descubrimiento es vital para nuestra civilización, porque cuando llegue el día en que la Tierra sea devorada por la nube cósmica, todo estará dispuesto para llegar a esta plataforma que ya nos pertenecerá un poco, porque nuestro propio planeta habrá pasado a formar parte de ella. En realidad, esta gran plataforma sólida, con vida propia, pertenece a todos los habitantes de los planetas que quedan absorbidos por la nube cósmica.

—Atención, comandante, atención, el radar indica que cinco objetos volantes se dirigen hacia nosotros como si hubiéramos sido detectados.

— ¡Los hijos de Ragat! —exclamó Tagua asustada.

— ¿Seremos atacados, comandante? —preguntó Stephany con inquietud.

—Me temo que sí. Esos hijos de Ragat parecen muy belicosos y se creen los más poderosos; habrá que darles una lección si es que ellos no nos la dan antes a nosotros, pues ignoramos su poder ofensivo.

—Ha de ser un poder muy fuerte, comandante. Sus naves son altamente evolucionadas, a juzgar por la velocidad que están desarrollando —advirtió el teniente Slavio mientras preparaba todo su sistema electrónico para entrar en combate.

CAPÍTULO VIII

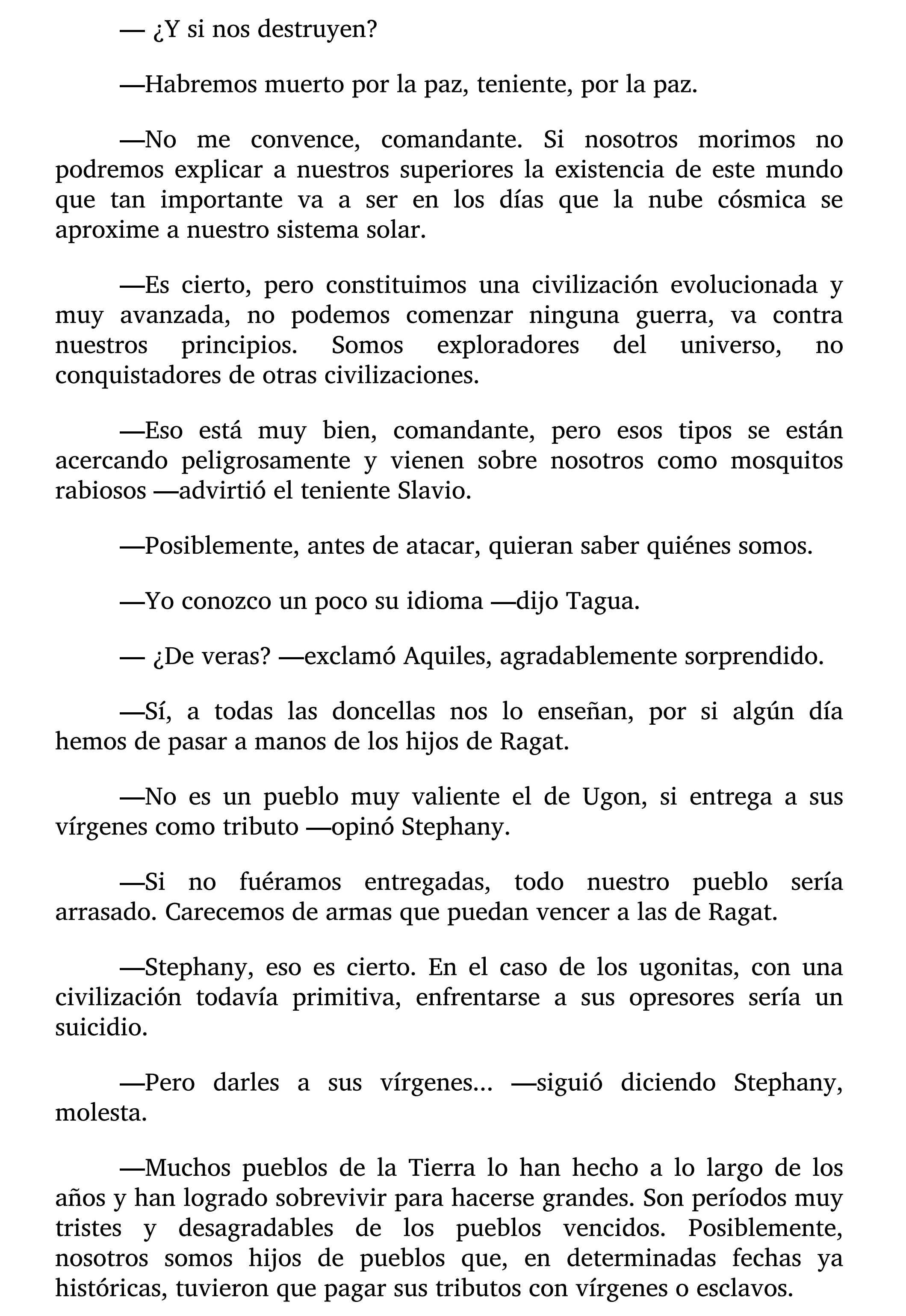
Los cinco puntos aún no se divisaban en el horizonte, pero sí eran visibles en pantalla gracias a los teleobjetivos de las cámaras de TTV. Quedaban bien situados en el radar para poder entrar en combate con ellos.

—Los tengo a tiro, comandante —advirtió el gigante negro que tenía los dedos tensos, a punto de comenzar a pulsar botones.

—Aguarde.

—Quien dispara primero, ríe el último —objetó Slavio.

—Hay que darles la oportunidad de paz, que sean ellos los que inicien el ataque. Pondremos en marcha el sistema defensivo para



desviar los impactos de armas convencionales.

— ¿Y si nos destruyen?

—Habremos muerto por la paz, teniente, por la paz.

—No me convence, comandante. Si nosotros morimos no podremos explicar a nuestros superiores la existencia de este mundo que tan importante va a ser en los días que la nube cósmica se aproxime a nuestro sistema solar.

—Es cierto, pero constituimos una civilización evolucionada y muy avanzada, no podemos comenzar ninguna guerra, va contra nuestros principios. Somos exploradores del universo, no conquistadores de otras civilizaciones.

—Eso está muy bien, comandante, pero esos tipos se están acercando peligrosamente y vienen sobre nosotros como mosquitos rabiosos —advirtió el teniente Slavio.

—Posiblemente, antes de atacar, quieran saber quiénes somos.

—Yo conozco un poco su idioma —dijo Tagua.

— ¿De veras? —exclamó Aquiles, agradablemente sorprendido.

—Sí, a todas las doncellas nos lo enseñan, por si algún día hemos de pasar a manos de los hijos de Ragat.

—No es un pueblo muy valiente el de Ugon, si entrega a sus vírgenes como tributo —opinó Stephany.

—Si no fuéramos entregadas, todo nuestro pueblo sería arrasado. Carecemos de armas que puedan vencer a las de Ragat.

—Stephany, eso es cierto. En el caso de los ugonitas, con una civilización todavía primitiva, enfrentarse a sus opresores sería un suicidio.

—Pero darles a sus vírgenes... —siguió diciendo Stephany, molesta.

—Muchos pueblos de la Tierra lo han hecho a lo largo de los años y han logrado sobrevivir para hacerse grandes. Son períodos muy tristes y desagradables de los pueblos vencidos. Posiblemente, nosotros somos hijos de pueblos que, en determinadas fechas ya históricas, tuvieron que pagar sus tributos con vírgenes o esclavos.

Slavio, sonriendo, asintió:

—En mis ancestros, la esclavitud está lejana, pero no excesivamente. Si se hubieran suicidado todos, no estaría yo aquí ahora. ¡Eh, teniente!; ya tenemos encima a esos condenados, se distinguen a simple vista.

Los hijos de Ragat pilotaban naves ultrasónicas a reacción y se acercaban en una formación perfecta que rompieron para pasar alrededor de la nave terrícola, observándola desde todos los puntos.

Aquiles Zasbry puso una velocidad similar a la de las naves enemigas.

—Comandante, tendrá que hablarles pronto, si es que lo consigue —advirtió Slavio cuando las naves de Ragat les rebasaron con un impresionante estruendo, como demostración de poder. Ya lejos, iniciaron el cambio de rumbo para volver sobre ellos.

—Stephany, pónganos en comunicación con todas las ondas, alguna captarán esos pilotos.

—Sí, comandante.

—Tagua, cuando yo te diga hablarás a los hijos de Ragat.

— ¿Cómo, si están afuera? —se asombró la bella nativa.

—Tú hablarás desde aquí dentro y ellos te oirán, no te preocupes.

— ¿Y qué les digo?

—Que somos terrícolas y venimos en son de paz, que queremos hablar con sus jefes. Que somos pacíficos, pero si nos atacan nos defenderemos. ¿Te acordarás?

—Sí —dijo Tagua, buscando en su cerebro las palabras ajustadas en el idioma de los hijos de Ragat que ella conocía, aunque sólo en parte.

Stephany advirtió:

—Preparada la comunicación, comandante.

—Adelante, Tagua, insiste. Somos terrícolas, venimos en son de paz, somos terrícolas…

Tagua comenzó a emitir extraños gruñidos, totalmente ininteligibles para los terrícolas.

Las cinco naves de Ragat volvieron a rebasarles, en esta ocasión por la proa.

Aquiles Zasbry aguantó la velocidad que llevaban, que era mínima para lo que podía desarrollar la *Little Pioner*. Dejaba que, por aquellos momentos, los hijos de Ragat creyeran que sus naves eran más veloces que la terrícola.

Tagua siguió hablando, insistiendo, hasta que al fin se escuchó una voz de respuesta. Todos miraron a la muchacha y Aquiles le preguntó:

— ¿Qué han dicho?

—Que descendamos o nos derribarán.

— ¿Qué hacemos, comandante? —inquirió Slavio.

—Les haremos una pequeña demostración de nuestra velocidad y posibilidades de maniobra, para que no se envalentonen tanto.

Aquiles Zasbry aceleró la *Little Pioner* rebasando a una velocidad vertiginosa a las cinco naves enemigas hasta que éstas, pese a navegar al máximo de sus posibilidades, quedaron atrás, perdiéndoles de vista.

Cuando se dieron cuenta, la nave terrícola les venía de nuevo por la popa tras haber hecho media circunferencia en el cielo, regresando por detrás de ellos sin que se apercibieran, por la rapidez con que Aquiles Zasbry realizó la maniobra.

—Tagua, diles que nos lleven a sus jefes. Venimos en son de paz.

—Sí, sí —asintió Tagua, impresionada por aquellas velocidades. Habló frente al micrófono a los hijos de Ragat, que al fin aceptaron—: Dicen que les sigamos.

Volaron sobre bosques y montañas, praderas, valles y ríos que desaguaban en los grandes lagos hasta arribar a una gran ciudad de edificios no muy altos.

Era una ciudad fea, de casas apiñadas, cuando tanto terreno tenían para expandirse. Estaban siguiendo un sistema de edificación urbana equivocada, como habían seguido los terrícolas en los siglos

diecinueve y veinte.

—Dicen que vayamos al aeropuerto —tradujo Tagua.

—Si bajamos de la *Little Pioner,* nos convertiremos en sus prisioneros —advirtió Slavio.

—Sí, ya he pensado en ello —asintió Aquiles—. Somos tres terrícolas y una ugonita, nos podrían reducir con mucha facilidad y, entonces, no podríamos dialogar con sus mandatarios de ninguna de las maneras.

— ¿Qué haremos entonces? —interrogó Slavio.

—Insisten en que les sigamos —advirtió Tagua.

—No haremos tal cosa.

Aquiles Zasbry detuvo la marcha, y con los sistemas de retropropulsión núcleodinámica inmovilizó la nave sobre la ciudad de los hijos de Ragat, estabilizándola sobre sus cabezas de modo que quedaron quietos por compensación de fuerzas.

Aparentemente, la *Little Pioner* se hallaba totalmente detenida y era inaudito que no se cayera.

Las naves de los hijos de Ragat no tenían aquella posibilidad de quedarse quietas en un punto fijo, su avance en la navegación aérea no había llegado a tanto.

Tuvieron que volver hacia atrás, volando en círculo alrededor de la nave terrestre, tomándola como eje y esperando órdenes.

—Comandante, en cualquier momento esos mosquitos pueden empezar a aguijonearnos para medir sus fuerzas.

—El que nos dispare recibirá su réplica. Pondremos la campana de protección; el campo de fuerza magnética no dejará pasar sus impactos.

—Es posible que sólo quieran aceptar el diálogo desde una posición de fuerza —observó Stephany.

— ¿Qué dicen ahora? —preguntó Aquiles Zasbry a Tagua, pues se oían de nuevo los gruñidos de aquellos seres cuyos rostros aún no habían visto.

—Dicen que si no abandonamos nuestra actitud hostil seremos atacados; que ellos no conocen ningún país que se llame Tierra.

—Toma, ni yo conocía a los hijos de Ragat —comentó Slavio en forma chusca.

—Tagua, diles que no nos moveremos de donde estamos. Que sus gobernantes vayan a la plaza más grande de esta ciudad y se sitúen en el centro, una plaza que podamos ver desde aquí arriba. Nosotros nos pondremos en contacto con ellos. ¿Has comprendido?

—Sí.

Tagua comenzó a traducir y a Stephany no le gustó que todo lo tuviera que hacer la bella ugonita. Se sentía como desplazada ante los ojos de Aquiles Zasbry.

Las naves de Ragat continuaron girando en torno a la *Little Pioner,* a una distancia prudencial. Stephany dijo:

—Están hablando con sus superiores.

—Tagua, ¿entiendes lo que dicen?

—No, ahora no comprendo su lenguaje.

—Pueden utilizar una clave. Slavio…

—Sí, comandante.

— ¿Preparado para replicar? Me parece que ésos quieren pelea.

—La tendrán, señor.

Las naves de los hijos de Ragat dispararon cohetes convencionales, que chocaron contra el campo de fuerza, produciéndose explosiones que hicieron tambalear la nave terrícola estabilizada en el aire.

Inmediatamente, Slavio replicó disparando sus cañones ultrasónicos y láser, levantando el campo de fuerza protector en los instantes precisos.

Los rayos debieron verse claramente desde la ciudad.

Una tras otra, las naves enemigas estallaron en el aire, convirtiéndose en bolas de fuego que cayeron sobre la ciudad,

provocando algunos incendios.

El combate apenas duró unos segundos. La nave terrícola seguía quieta sobre la ciudad y las naves de Ragat habían desaparecido.

—Creo que habrá sido suficiente.

—No —denegó Stephany—. En el radar hay nuevas señales.

Slavio advirtió.

—Parece que nos envían una flota de combate mayor. —Les haremos frente.

—Esta vez vienen rabiosos, comandante, y por lo menos son cincuenta.

—Ascenderemos en vertical, y así los tendremos debajo en todo momento.

Zasbry maniobró elevando la nave y no tardó en aparecer la nube de naves de combate.

Slavio las fue barriendo mientras las naves enemigas se estrellaban contra el campo de fuerza.

Aquiles Zasbry abandonó el lugar y, orientado por el rumbo de las naves enemigas, buscó el campo de aviación de los hijos de Ragat,

Cuando lo encontró, les lanzó un cohete de onda expansiva y dos térmicos. No menos de cien hectáreas quedaron totalmente arrasadas; el poder aéreo de los hijos de Ragat quedó aniquilado.

— ¡Les hemos dado la gran paliza, comandante!

—La que se merecían, Slavio, la que se merecían por imponer su poder a los menos desarrollados.

Regresaron al punto que antes ocuparan sobre la ciudad y la *Little Pioner* volvió a quedar inmóvil, esperando.

Tagua había presenciado atónita todo el poder bélico de los terrícolas, que habían destruido las máquinas voladoras de los hijos de Ragat.

—Stephany, concentre las telecámaras en la plaza más grande de la ciudad que está bajo nuestros pies.

En la pantalla de TTV aparecieron varios seres corriendo.

Por primera vez, los terrícolas pudieron ver a los hijos de Ragat.

Eran deformes, grotescos al caminar y correr por sus cabezas, desproporcionadamente grandes comparadas con el resto del cuerpo. Y no era su cerebro lo que rompía la lógica proporción de sus cráneos, sino unas enormes mandíbulas sobre las que campaba una nariz aplastada.

Su aspecto, además de grotesco, era feroz y sus ojos tenían una mirada fija.

Stephany se sobrecogió pensando que las ugonitas tenían que ir a parar a las manos de aquellos horribles seres que además eran crueles y despiadados.

—Comandante, tenemos a tres situados en el centro de la plaza, mirando hacia nuestra nave.

—Esperemos que sean los mandatarios. Les hablaremos por megafonía exterior; reténgalos en pantalla, que no se pierdan de vista. Ellos, por la distancia, pueden pensar que no les vemos.

— ¿Qué les va a pedir, comandante? —preguntó Slavio.

—Que destruyan todas sus máquinas voladoras; que liberen a sus esclavos y que los ugonitas puedan volver con su pueblo para que todos juntos regresen a la tierra de los grandes lagos de los hielos. ¿Has comprendido todo lo que vas a pedir, Tagua?

—Sí, pero si les pido todo lo que has dicho, no aceptarán.

—Tú pide.

Tagua habló a través del micrófono y sus palabras, en la lengua de los hijos de Ragat, pudieron oírse en toda la ciudad con nítida claridad mientras lejos se alzaba una humareda, restos del aeropuerto arrasado.

—Diles también que pueden hablar, que nosotros les oiremos.

Mientras Tagua decía aquello a los hijos de Ragat, Stephany les enfocó el cañón de succión acústica y lo que hablaban los hijos de Ragat pudieron oírlo dentro de la nave. Tagua lo tradujo sin muchas dificultades.

—Dicen que ellos no se rinden y si no descendemos hasta la plaza, matarán a todos los ugonitas que tienen como esclavos.

Stephany opinó:

—Me temo que esos seres son capaces de hacer lo que dicen.

—Sí, yo creo lo mismo.

— ¿Qué piensa hacer? —preguntó Slavio.

—Darles un disgusto. Stephany, no los pierda de vista, voy a lanzarles el misil narcotizante.

—Dejará a toda la ciudad y sus alrededores drogada, comandante.

—Es lo que espero.

Pulsó un botón y salió un misil que estalló en el aire antes de llegar a las techumbres de los edificios. Aparentemente no ocurrió nada, pero se expandió un gas narcotizante incoloro e inodoro.

— ¿Siguen ahí, Stephany?

—Sí, miran hacia nosotros como si no comprendieran.

—Tagua, vas a decirles que toda la ciudad dormirá y cuando despierten deberán abandonarla rápidamente, porque será arrasada y todos los que aquí se queden morirán.

—Sí, sí...

Tagua comenzó a hablar y el pánico cundió entre los hijos de Ragat; pero cuando pretendían huir, comenzaron a darse cuenta de que sus piernas pesaban como plomo y que no podían avanzar.

Fueron cayendo por el suelo y toda la ciudad se paralizó mientras algunos edificios seguían ardiendo a causa de las naves destruidas que habían caído sobre ellos.

—Ya están dormidos en la plaza, comandante —dijo Stephany.

—Pues, a por ellos.

Aquiles Zasbry descendió, posando la nave en la plaza principal de aquella ciudad, cerca de donde se hallaban los tres cuerpos

tendidos, inconscientes a causa del gas narcotizante.

Al ver tan cerca a los hijos de Ragat, sus crueles enemigos, Tagua no pudo por menos que estremecerse. Temía que de un instante a otro se pusieran en pie y se la llevaran con ellos.

CAPÍTULO IX

Los tres gobernantes de Ragat quedaron dentro de la *Little Pioner,* bien sujetos por esposas de acero. Luego, despacio, la nave ascendió en vertical hasta alcanzar una altura desde la que podía dominar toda la urbe.

Al fin, los hijos de Ragat comenzaron a despertar. Tagua los observaba con odio y repugnancia.

—Bien venidos a la nave terrícola —les dijo Aquiles, enfrentándose a ellos.

Los mandatarios de Ragat se miraron entre sí, desconcertados. Gruñeron algo que Tagua tradujo.

—Están insultando.

—Eso es normal. Diles que no les haremos daño si se portan bien y no ponen dificultades.

Tagua habló y luego escuchó lo que respondían los hijos de Ragat, aquellos seres de grandes cabezas y mandíbulas capaces de partir una pierna terrícola; sin embargo, no eran perfectos anatómicamente como los terrícolas o los ugonitas, no poseían la compensación de fuerzas en todo su cuerpo. Eran físicamente

inferiores pese a sus temibles mandíbulas.

—Preguntan qué van a hacer con ellos.

—Diles que les llevaremos al pueblo de Ugon para que firmen un tratado de paz con los ugonitas.

Tagua, aturdida, obedeció; al poco obtuvo la respuesta.

—Dicen que nunca harán ningún trato con un pueblo inferior.

—Pues diles que lo harán con un pueblo superior. Nosotros, los terrícolas, somos superiores.

Tagua siguió traduciendo y los hijos de Ragat parecieron más transigentes.

—Contestan que con los terrícolas sí harán un trato.

—Diles que primero, en su lengua, griten que todo el mundo abandone la ciudad. ¿Comprendido?

—Sí.

Tagua tradujo y, al poco, los gobernantes de Ragat hicieron lo que se les ordenaba, sin saber que Aquiles Zasbry había abierto el canal de megafonía exterior.

Su orden se transmitió por toda la ciudad y comenzó el éxodo rápido y violento, casi con verdadero pánico. La urbe se despobló y pudieron verse como ríos de seres que se alejaban.

Cuando los vio lejos, Aquiles Zasbry dio la orden:

—Slavio, arrasa la ciudad.

—Orden recibida, comandante.

Slavio pulsó varios botones rojos que tenía delante y se escucharon unos penetrantes silbidos: Los misiles acababan de ser disparados.

La ciudad de los hijos de Ragat se conmovió como víctima de un pavoroso seísmo. Se puso roja, luego amarilla y los edificios comenzaron a saltar hechos pedazos en cuestión de segundos.

La temperatura subió en toda el área urbana por encima de los

mil quinientos grados y hasta las piedras quedaron calcinadas. Todo se vino abajo en medio de explosiones.

La ciudad quedó arrasada y la temperatura fue tan alta que ni siquiera hubo columnas de humo negro, pues el humo salió blanco, consumido también en medio de aquel horno que era la ciudad.

Sus habitantes, a distancia, pudieron ver cómo todo se abrasaba y se vieron obligados a mirar hacia otros lugares, ya que sus ojos no podían resistir tanto resplandor.

Aquiles Zasbry se levantó de su asiento y cogió a aquellos extraños y crueles seres por el cuello, izando a dos de ellos para que pudieran ver por las ventanillas lo que había ocurrido lo que quedaba de su imperio de terror.

Los hijos de Raga, que se habían creído superpoderosos, quedaron atónitos ante lo que veían. Jamás habían supuesto que pudiera ocurrirles algo semejante.

—Os hubiera valido más dialogar, el diálogo siempre es mejor que la pelea. Lo siento por vosotros, ahora vais a quedar en igualdad de condiciones con los ugonitas. ¡Ah, ya, no me entendéis!; bueno, Tagua os lo irá traduciendo por el camino.

La moral de los tres gobernantes de Ragat quedó aplastada.

Aquellos extraños llegados de no sabían dónde y que a sí mismos se llamaban terrícolas, eran más poderosos y astutos que ellos, cuando se habían creído los dueños absolutos de aquella plataforma con vida y que en extensión supera a varios planetas juntos del tamaño de la Tierra.

—Si todo su poder radicaba en esos edificios, en sus fábricas, tendrán que comenzar por el principio —opinó Slavio—. No les ha quedado nada.

—Cuando un pueblo se crece en su soberbia y aplasta a sus vecinos, es bueno que sea él el aplastado y deba comenzar de nuevo, así se aprende la humildad —opinó Aquiles Zasbry alejándose del área arrasada.

Tagua estaba muy impresionada por lo ocurrido y los gobernantes de Ragat permanecían quietos en el suelo, más desmoralizados que temerosos.

Stephany seguía confeccionando mapas de cuanto quedaba a su alcance.

Volaron de nuevo sobre bosques y praderas, sobre los grandes lagos de los hielos, en esta ocasión a mayor altura para que los mapas pudieran abarcar más extensión a derecha e izquierda.

Slavio opinó:

—Les hemos hecho un buen favor a los ugonitas.

—Sí, ya no tendrán que pagar tributo de esclavos ni doncellas.

—Vosotros, los terrícolas, habéis sido nuestros salvadores —dijo Tagua—. Mi pueblo tratará de compensaros por vuestros muertos.

—Eso ya no tiene compensación, Tagua. La vida de un terrícola no tiene precio, como tampoco debe tenerla la vuestra.

— ¿Va a avisar a la *New Pioner* de que regresamos? —interrogó el negro. —

Sí, será lo mejor.

— ¿Le preparo la comunicación? —preguntó Stephany.

—Sí.

—Canales abiertos, señor.

—Atención, *New Pioner,* atención, llama *Little Pioner*... Atención, *New Pioner,* ¿me escuchan? Mayor Calloway, atención, atención, aquí *Little Pioner*...

Insistió sin obtener ninguna contestación y los tres terrícolas se miraron entre sí, desconcertados e inquietos. ¿Qué habría ocurrido?

No tendrían respuesta hasta que llegara a la gran nave terrícola que les aguardaba silenciosa, cerca de la orilla del gran océano.

CAPÍTULO X

Dejaron atrás la gran explanada pétrea a la que daban las angostas entradas del pueblo de Ugon, que vivía en las entrañas de la colina. Siguieron adelante y divisaron a la *New Pioner* inmóvil sobre la hierba verde.

—Stephany, quiero ver la nave en pantalla con detalle.

—En seguida.

La *New Pioner* no tardó en aparecer en la pantalla de TTV.

—No hay nada ni nadie en derredor, comandante.

—Sí, ya veo, y di orden al mayor Calloway de que pusiera centinelas alrededor de la nave.

—Es muy raro.

—Las comunicaciones tampoco funcionan —observó la teniente Stephany.

—Es posible que no funcionen por los daños sufridos por la nave —opinó el teniente Slavio.

—Descenderemos para ver qué les ha sucedido. Hay que tener mucha precaución, no sabemos lo que nos espera.

Y miró a la bellísima ugonita y luego a los hijos de Ragat, que seguían sentados en el suelo, vencidos y sin comprender lo que los terrícolas hablaban.

La *Little Pioner* descendió lenta y controladamente hasta situarse junto a la gran nave. La rampa del hangar, en la panza de la *New Pioner,* estaba abierta.

Aquiles Zasbry detuvo los motores y se quedó mirando la gigantesca nave.

Slavio tenía uno de los cañones dispuesto por si había que utilizarlo, pero tras esperar dijo:

—No hay nadie, parece que esté abandonada, comandante.

—Sí, eso parece. Stephany, abra el canal de megafonía exterior.

—Canal abierto, comandante.

—Atención, atención, tripulantes de la *New Pioner,* atención, les habla el comandante. Atención, salgan de la nave para que pueda verles...

Repitió su llamada tres veces, sin obtener respuesta alguna. Stephany, muy preocupada y con el ceño fruncido, inquirió:

— ¿Qué puede haber pasado?

— ¿Por qué motivo habrán abandonado la nave? —preguntó Slavio.

—Lo ignoro, pero habrá que bajar a averiguarlo.

—Lo haré yo, señor —dijo el teniente.

—No, será mejor que baje yo.

—Usted es el comandante. Si le sucede algo, ¿qué ocurrirá después? —preguntó el negro sonriente, poniéndose en pie.

Aquiles Zasbry estuvo unos instantes pensativo y luego aceptó:

—De acuerdo, cubriremos la zona. Nadie se podrá acercar a la

nave y tenga los ojos bien abiertos.

—Me llevo esto.

Mostró un fusil corto polivalente, ultrasónico y láser.

—Póngase el casco, teniente.

—De acuerdo, me pondré él casco, pero ahí afuera no se ve a nadie. Si se acerca alguien lo hará por la jungla y usted ya la tiene controlada.

—De todos modos, no se fíe, teniente. Aquí todo es extraño para nosotros y la sorpresa puede surgir en cualquier momento.

Slavio, armado y protegido, abandonó la pequeña nave y pisó la hierba.

Un impresionante silencio le rodeó. Slavio era un hombre valeroso, no tenía miedo, no en vano era uno de los mejores astronautas que poseía la exploración espacial de los terrícolas.

Llevaba su fusil corto pegado al costado y con el dedo a punto, mas no había nada anormal que le hiciera temer un encuentro desagradable. Llegó a la rampa del hangar y comenzó a subir por ella.

— ¿Todo bien, Slavio? —inquirió Zasbry a través del megáfono exterior.

Slavio se volvió hacia la *Little Pioner,* sonrió y asintió con la cabeza.

Siguió adelante cuando, de pronto, lo más horrible, lo más diabólico que podía imaginarse, surgió por la boca del hangar y con una terrible velocidad que sorprendió al teniente Slavio.

Aquel monstruo corrió sobre sus múltiples patas. Alargó una de sus pinzas y atrapó por la cintura al teniente que gritó de dolor, escapándosele el fusil sin poder utilizarlo.

— ¡Los cangrejos! —chilló Tagua.

Aquiles Zasbry disparó un rayo sobre la pinza del monstruo que por lo menos pesaría dos toneladas. La pata con la pinza quedó seccionada y chamuscada, pero el monstruo marino agarró a Slavio con la otra pinza y la cabeza del noble y valeroso negro rodó por la rampa del hangar.

Stephany se tapó los ojos para no ver el macabro espectáculo.

Aquiles Zasbry volvió a disparar y quemó al monstruo entre los ojos, por encima de la boca, destruyéndolo. Murió produciendo un humo apestoso, pero no abrió la pinza que utilizara para atrapar a Slavio con dos movimientos, uno para cortarle la cabeza y el segundo y último para sujetarlo por las caderas.

— ¡Qué horror, lo ha decapitado! —gimió Stephany.

—Hay que ser fuertes ahora, hay que ser fuertes.

Tras el comandante, los tres hijos de Ragat se pusieron en pie, pero Zasbry desenfundó su pistola, encañonándoles:

— ¡Diles que al suelo!

Tagua tradujo de inmediato y los tres prisioneros se sentaron.

— ¿Qué haremos ahora? —preguntó Stephany.

—Debemos ver qué ha ocurrido ahí dentro —señaló la nave con el cañón de la pistola.

—Si se ha podido meter uno, estará lleno de cangrejos —advirtió la ugonita.

— ¿Como cuántos puede haber? —inquirió Zasbry.

—Los que hayan logrado entrar. En ocasiones aparecen a cientos, por eso no se puede vivir en este área, junto a las aguas. Por los cangrejos y los sapos son tan angostas las puertas que dan paso a nuestro pueblo.

—Comprendo, seríais devorados por esos monstruos. Maldita sea, debieron sorprender a los centinelas. No entiendo cómo la vigilancia no fue más completa.

— ¿Qué se puede hacer ahora? —musitó Stephany.

—Hay que entrar en la nave y ver si queda alguien vivo.

—Si los cangrejos han logrado entrar, nadie quedará vivo —advirtió Tagua pesimista—. Son terriblemente voraces.

—De todos modos, hay que entrar para ver si queda alguien vivo y recuperar lo que se pueda. Stephany preguntó

— ¿Cree que habrán destrozado la nave por dentro?

—Es muy posible, pero hay que entrar al precio que sea; dentro está la bitácora magnética de vuelo y también los *cassettes* biomagnéticos de la memoria de la computadora respecto al vuelo y la ruta para llegar desde la Tierra aquí.

—Sólo somos dos, comandante —advirtió Stephany.

—Sí, dos, deja ya de llamarme comandante. Sólo somos un hombre y una mujer, dos terrícolas en un mundo extraño.

Tagua comprendió en aquel momento que ella no pertenecía al mundo de los terrícolas y se mordió los labios para contener un sollozo. Se había enamorado de aquel extraño de cabellos albinos y no podía declarar su amor. En el mundo de Ugon, las mujeres no podían llorar de amor, porque siempre ofrecían su. amor al hombre al que eran destinadas, no al que ellas escogían.

—Si sólo estamos los dos, ¿cómo entraremos en la nave?

—Necesitaremos brazos que nos ayuden y sé dónde encontrarlos.

De nuevo puso en marcha a la *Little, Pioner* y se elevó a escasa altura.

Voló sobre la selva hasta llegar a la explanada de los ugonitas. Descendió frente a las entradas de piedra y la nave quedó quieta.

— ¿Seremos atacados? —preguntó Stephany inquieta.

—No lo sé.

—Yo hablaré a mi pueblo —dijo Tagua.

Aquiles Zasbry la miró y preguntó:

— ¿Qué les dirás?

—Que sois nuestros amigos, que habéis destruido la ciudad de los hijos de Ragat y sus máquinas voladoras. Que el pueblo de Ugon es libre y podrá regresar a las tierras de los grandes lagos, marchando de este país de los sapos y los cangrejos. Que ya no pagaremos más tributos de, esclavos y doncellas gracias a vosotros, los terrícolas que nos habéis liberado.

—Me parece muy bien, Tagua. Stephany…

—¿Sí?

—Ábrele el canal de megafonía exterior, que la oigan hasta en lo más hondo de esa colina desde la que nos estarán vigilando.

—Canal abierto, puede hablar cuando quiera.

La joven ugonita comenzó a hablar emocionadamente a sus compatriotas. No entendían ni una sola de sus palabras, pero era evidente que la muchacha ponía un gran ardor en lo que decía.

Cuando Tagua terminó, hubo un intenso silencio en aquel país sin pájaros. Después, lentamente, comenzaron a sonar unos tambores, brotando de lo más profundo de la colina.

—El pueblo de Ugon está contento, agradece a los terrícolas lo que han hecho.

—Pero, no salen —objetó Aquiles.

Tagua se puso algo nerviosa.

—No se fían —opinó Stephany.

— ¿Piensan que es una trampa? —preguntó Aquiles.

—No podría decirlo —respondió Tagua, sincera.

—Diles que les traemos a los gobernantes de Ragat, no para que los ajusticien, sino para que firmen una paz duradera, para que seáis amigos y no volváis a haceros la guerra. Diles eso, Tagua, y pide que salgan los miembros del consejo de ancianos para sellar este pacto de paz entre Ugon y Ragat.

—Sí, sí, en seguida lo digo.

Tagua volvió a hablar en su lengua y esta vez, los tambores enmudecieron para escucharla. Cuando terminó, no volvieron a sonar los tambores.

— ¿Qué pasa ahora? —preguntó Stephany.

—Ahí salen —exclamó Aquiles, descubriendo a unos guerreros ugonitas que aparecían por las angostas puertas pétreas que impedían que los grandes monstruos que habitaban en aquel lugar pudieran pasar por ellas y devorar al pueblo de Ugon.

Detrás de los guerreros salieron unos ancianos de cabellos blancos y figuras flacas, enjutas, cubiertos por sobrias túnicas de color lila. La comitiva llegó frente a la nave y allí quedaron quietos.

— ¿Qué hacemos ahora? —preguntó Stephany.

—Vas a quedarte aquí mientras yo bajo a parlamentar —le dijo Zasbry.

— ¿Y si te atacan?

—No lo harán.

— ¿Y si pese a todo te atacan? —insistió la rubia.

—Entonces, dispara los cañones contra esa colina y todo se habrá acabado.

Stephany no quiso preguntar qué sería de ella si él moría y se dispuso a aguardar los acontecimientos allí, dueña absoluta de la *Little Pioner* con su poder ofensivo, por si había que emplearlo.

CAPÍTULO XI

Aquiles Zasbry sacó de la nave a los tres hijos de Ragat. Tagua había sido la primera en descender.

Los ancianos de Ugon observaron sin moverse de donde estaban; tampoco se movieron los guerreros armados de lanzas que les

escoltaban, más por ceremonia que por defenderles, pues si eran atacados nada podrían hacer. Allí mismo, junto a la explanada, habían visto actuar las terribles armas de los terrícolas contra el sapo.

Se extrañaron mucho al ver a los hijos de Ragat. Les miraron con temor, mas no tardaron en percatarse de que más atemorizados estaban sus enemigos que se sentían indefensos.

—Tagua, diles que he traído a los hijos de Ragat para que establezcan la paz. Luego, ellos se marcharán y jamás volveréis a pagar tributo de esclavitud. Cada pueblo vivirá en paz, sin molestar al otro. Díselo con mis palabras.

—Te comprendo.

Tagua, convertida en intérprete de aquel decisivo encuentro, fue traduciendo para que todos entendieran lo que se estaba tratando.

El más anciano de los miembros del consejo de los ugonitas se adelantó ofreciendo las palmas de sus manos a los hijos de Ragat. Aquiles Zasbry supuso que aquel gesto equivalía a dar la mano en la Tierra.

Los hijos de Ragat, conocedores del significado del ademán, vacilaron, pero ante la mirada de Aquiles Zasbry optaron por extender sus manos también, ya sin esposas.

Uno tras otro fueron cerrando el pacto, si no de amistad, sí de no agresión entre los dos pueblos.

—Tagua, diles a ambos que si uno de los dos rompe este pacto, será castigado.

Tagua habló y luego, el venerable anciano ugonita preguntó algo que la muchacha tradujo a los terrícolas.

—Preguntan si os quedaréis para vigilar el pacto.

—Marcharemos cuando podamos, pero llegará un día en que volveremos y los hijos de Ragat, y tú misma. Tagua, conocéis el poder de que disponemos los terrícolas. No queremos que nadie nos obligue a emplearlo, pero si es necesario, lo haremos.

La muchacha tradujo, lo mismo para los ugonitas que para los gobernantes de Ragat.

—Ahora, Tagua, dirás a tu consejo de ancianos que un grupo de guerreros marchará para proteger a los hijos de Ragat hasta que encuentren a su pueblo. Los demás podréis regresar a los grandes lagos de los hielos cuando queráis, nosotros os daremos un mapa.

Cuando Tagua tradujo sus palabras, los ancianos hicieron grandes reverencias a Aquiles Zasbry. Luego, el más venerable de ellos volvió a hablar encarado con Aquiles.

—Suplica que perdonéis la muerte de vuestros guerreros, que no saben cómo hacerse perdonar. Pide lo que quieras.

—Diles que comprendo su equivocación y que les sirva de lección para no matar jamás a nadie que no les haya atacado antes. Ahora, me gustaría decirle que quisiera llevarme vuestra historia, la historia del pueblo de Ugon en alguna forma. ¿Tenéis libros?

—Tablillas.

—Quizá sea suficiente. Dile al consejo de ancianos que tenemos un problema. Hay cangrejos gigantes dentro de nuestra gran nave y debemos sacarlos para ver si hay terrícolas vivos todavía y también para sacar cosas que nos pertenecen.

Cuando Tagua nombró a los temibles cangrejos, hubo un movimiento de retroceso de los guerreros. Era evidente que les tenían pánico.

El más anciano del consejo se volvió hacia sus guerreros y dos de ellos se alejaron hacia el interior de la colina. Poco después, aparecían cincuenta de ellos armados con lanzas y hachas. Aquiles comprendió.

—Bien. Tagua, indícales que nos pondremos en marcha hacia mi gran nave voladora.

Mientras la joven hablaba con los ancianos, Aquiles se volvió hacia la *Little Pioner*. Seguro de que sería escuchado gracias al cañón de absorción acústica, preguntó:

— ¿Podrás pilotar la nave?

—Sí, estoy preparada para ello —contestó Stephany.

—Entonces, cuando nos pongamos en marcha, te elevarás y volarás siempre por encima de nuestras cabezas, protegiendo nuestro

avance. ¿Comprendido?

—Sí, mantendré la vigilancia, lo he oído todo.

—Parece que hemos conseguido la paz entre estos dos pueblos y espero que la conserven por temor a un duro castigo por nuestra parte.

Aquiles Zasbry y Tagua iniciaron la marcha. Tras ellos iba medio centenar de ugonitas dispuestos a ayudarles.

Siempre protegidos por la *Little Pioner* que volaba sobre ellos, llegaron al final de la jungla, a aquella extensión de hierba verde que casi besaba las aguas del gran océano.

Aquiles observó que el monstruoso cangrejo que había matado a Slavio estaba fuera de la rampa, descuartizado. Le habían sacado hasta las entrañas y del teniente negro no quedaba ni rastro.

—Parece que han tomado la nave como nido —gruñó Aquiles.

Los guerreros ugonitas estaban en tensión, presintiendo el peligro. Aquiles dijo a Tagua:

—Di a tus hombres que no teman, que tenemos armas que matan a esos monstruos del mar

Tagua repitió a los guerreros las palabras del terrícola mientras éste subía a la *Little Pioner* y hablaba con la joven rubia.

—Es peligroso entrar ahí —insistió Stephany.

—Hay que entrar. Es posible que quede alguien vivo, siempre hay una esperanza.

— ¿De veras crees que queda alguien vivo? —preguntó escéptica.

—Me gustaría pensar que sí, pero...

—No Te arriesgues, te lo suplico.

—Tomaré precauciones.

—Slavio también las tomó.

—Él no sabía lo que había dentro de la nave, yo sí.

— ¡Déjame ir contigo!

—No.

— ¡Déjame, si te sucede algo, yo...!

Se acercó a Stephany y aprisionándole el rostro entre las manos, la besó en los labios. Ella quedó sorprendida y sus ojos se humedecieron.

—Aquiles, si tú amas a la ugonita...

— ¿Quién te ha dicho eso?

—Se nota.

—Pues te has equivocado. Es muy hermosa, pero no la amo. Es... nuestra amiga, ¿no te parece?

— ¿De verdad no la amas?

—Te quiero a ti.

— ¿A mí? Si nunca...

— ¿Nunca qué?

—Pues, pues...

—Ya, mi comportamiento duro al mando de la *New Pioner*.

—Siempre estabas tan distante...

—Me fijé en ti desde el principio. ¿De veras te he dado celos con la bella ugonita?

— ¡Eres un canalla! —protestó medio sollozando ante aquella revelación.

El hombre volvió a besarla.

—Te quedarás aquí hasta que yo salga. —Se protegió la cabeza con un casco y tomó un fusil polivalente—. Hasta ahora, mi bella terrícola. Si no aparezco, recuerda que nadie debe apoderarse de las naves. No podemos saber el uso que harán de ellas.

—Lo tendré en cuenta, Aquiles —le respondió con el miedo en

su labios trémulos. También había visto partir a Slavio sonriente y luego, al poco, había muerto decapitado.

Aquiles Zasbry se ciñó un cinturón con unas cápsulas para ser lanzadas con las manos. Descendió de la nave y le dijo a Tagua:

—Di que diez de tus guerreros me sigan. Yo iré delante y que no teman, puedo matar a los cangrejos.

Cuando Tagua tradujo la petición de Aquiles Zasbry, diez ugonitas armados se pusieron tras él, decididos a morir con tal de ayudarle.

Aquiles Zasbry fue el primero en subir, lentamente, por la rampa que conducía al hangar de la *New Pioner*.

No tardaron en aparecer los ojos malignos de uno de aquellos monstruos salidos del gigantesco océano que mutaba a las criaturas que vivían en él, posiblemente por los sedimentos radiactivos que contenía.

Jaló el gatillo y brotó el rayo mortífero que acertó entre los ojos del monstruo que se tambaleó y cayó unos metros por el hangar. Los ugonitas, que habían retrocedido instintivamente, vieron humear al temible monstruo y se sintieron más tranquilos al pasar junto a sus grandes pinzas sin que éstas se movieran. Aquiles Zasbry siguió adelante.

Ya dentro del hangar, divisó a tres cangrejos más que aguardaban agazapados, babeando extraños jugos que apestaban. Disparó contra ellos sin dificultad. Aquellos bichos ya no devorarían a nadie más.

Observó que habían desencajado dos puertas y practicado un boquete por el que habían penetrado en las entrañas de la nave, destrozándolo todo a su paso con el poder de sus temibles pinzas.

Puertas, muebles, aparatos, todo estaba destrozado y por el suelo sólo se veían algunos huesos humanos, pavorosamente mondados.

Anduvo por el corredor. Cuando ya había rebasado una puerta, apareció una gran pinza y escuchó los gritos de aviso de los ugonitas. Aquiles Zasbry se dejó caer al suelo cuando la pinza pasaba por encima de su cabeza tratando de atraparle.

Inmediatamente, los ugonitas saltaron sobre el cangrejo que

estaba oculto en aquella dependencia. Le clavaron sus lanzas en las uniones articuladas de la pinza mientras otros golpeaban con sus hachas. Entre varios lograron partir la pinza mientras el monstruo se enfurecía y asomaba sus patas, también poderosas y puntiagudas. Salió la otra pinza que, por la falta de espacio, no había aparecido antes.

La segunda de las pinzas atrapó a uno de los ugonitas y lo sacudió en el aire mientras éste gritaba, hasta partirlo.

Aquiles disparó cortando la pinza, mas ya era tarde para el guerrero que había perdido la vida. Aquiles Zasbry remató a la bestia

Prosiguió adelante y los ugonitas fueron tras él. No se entendían hablando, pero actuaban juntos sin problemas. Terrícola y ugonitas tenían un enemigo común; los temibles cangrejos que habían penetrado en la *New Pioner* devorando a sus tripulantes y destruyendo cuanto encontraron a su paso.

Llevaba el corazón apretado de rabia y dolor. Todo aquello sólo podía deberse a un fatal descuido en la vigilancia, pero jamás lo sabría si nadie había quedado vivo.

Ya frente a los dormitorios, vio las puertas destrozadas por las monstruosas pinzas.

No quiso observar lo ocurrido y lanzó dos cápsulas repartidas. De inmediato se produjo un gas que obligó a los monstruos marinos a salir de sus escondites y tal como aparecían, Aquiles los fue exterminando.

La enfermería se hallaba igualmente arrasada. Allí debía haber heridos y sólo aparecían literas aplastadas, con sangre salpicándolo todo.

Habían sido cogidos por sorpresa, sin posibilidad de huir. Los propios cangrejos habrían taponado las salidas, impidiendo toda escapatoria. Había sido una matanza horrible.

Encontró al último de aquellos grandes cangrejos en el puente. Estaba allí con expresión diabólica, parecía sentirse el dueño de la nave.

Había elevado su cuerpo, extremadamente duro, sobre las recias patas y mostraba agresivo sus enormes pinzas.

—Maldito, tú y tus congéneres —rugió Aquiles, dolorido y rabioso por la tragedia allí consumada.

Le apuntó con su fusil y disparó cuando la bestia se le echaba encima. Mas, el fusil no funcionó, la carga se había consumido de tanto usarla, pues para traspasar la coraza de aquellas bestias había hecho falta dispararles a la máxima potencia.

Por ello, cuando el impacto perforaba dentro de su caparazón, la carne les hervía y materialmente estallaban en cuestión de segundos.

El cangrejo siguió adelante y Aquiles se vio perdido.

Tras él, los ugonitas comenzaron a lanzar sus armas contra la bestia marina, que con las lanzas clavadas en boca y ojos, continuó avanzando batiendo sus pinzas, medio cegado, tratando de atrapar a sus enemigos.

Logró asir a uno de los ugonitas que, cogido y todo, golpeó con el hacha a su enemigo. Otra pinza buscaba a Aquiles Zasbry que había caído al suelo al tropezar con uno de los muebles destrozados.

Otro ugonita fue lanzado contra una de las paredes por el dorso de la pinza, y un tercero quedó clavado en el suelo por la punta afilada de una de las patas.

Desde el suelo, prácticamente desde debajo del vientre del monstruo, Aquiles Zasbry sacó su pistola y le disparó un rayo continuado hasta que el cangrejo, tras removerse, comenzó a Maquear y fue doblando sus patas.

Aquiles Zasbry rodó sobre sí mismo para que el cuerpo del monstruo no le aplastara debajo.

Cuando la lucha terminó, salió gateando por entre las patas de la bestia. Todo había acabado.

CAPÍTULO XII

Cinco guerreros ugonitas habían muerto ayudando a Aquiles Zasbry en su lucha contra los cangrejos que habían invadido la *New Pioner*.

Los guerreros ugonitas vigilaron la zona mientras otros, siguiendo indicaciones del terrícola, transportaban a la *Little Pioner* todo lo que éste consideró oportuno llevarse: la bitácora de vuelo, la memoria biomagnética de la ruta, los resultados de los análisis efectuados en aquella plataforma con vida dentro de la nube cósmica, algunas muestras de plantas y tierra y fotografías de sus animales.

Repuso el armamento ya consumido en la *Little Pioner* y cargó también agua y comestibles, todo lo que consideró que podía hacerles falta en el largo viaje de retorno a la Tierra.

Stephany buscaba acomodo en la nave para todo lo que debían llevarse. El viaje sería terriblemente largo y ellos no lo ignoraban.

Cuando todo estuvo cargado, Stephany preguntó:

— ¿Seguro que no olvidamos nada?

—Seguro, he hecho anotación de todo.

—Entonces, ha llegado el momento.

A través del parabrisas de la *Little Pioner,* Stephany contempló con pena la gran nave orgullo de la técnica espacial de los terrícolas.

—Sí, es mi deber, lo que mandan las normas.

—No quisiera verlo.

—No hay otro remedio. —Se acercó a la puerta y llamó—: ¡Tagua, Tagua!

— ¿Qué? —contestó la muchacha, acercándose.

—Di a tus guerreros que vayan todos a la explanada de tu pueblo, allí nos reuniremos.

Volvió a cerrar la nave y se sentó frente a los mandos.

La *Little Pioner* comenzó a elevarse por encima de las cabezas de los ugonitas que, en fila, se adentraron en la selva abandonando el lugar. Suspendidos en el aire, Aquiles y Stephany miraron la *New Pioner* abajo.

—Parece tan perfecta —suspiró la joven.

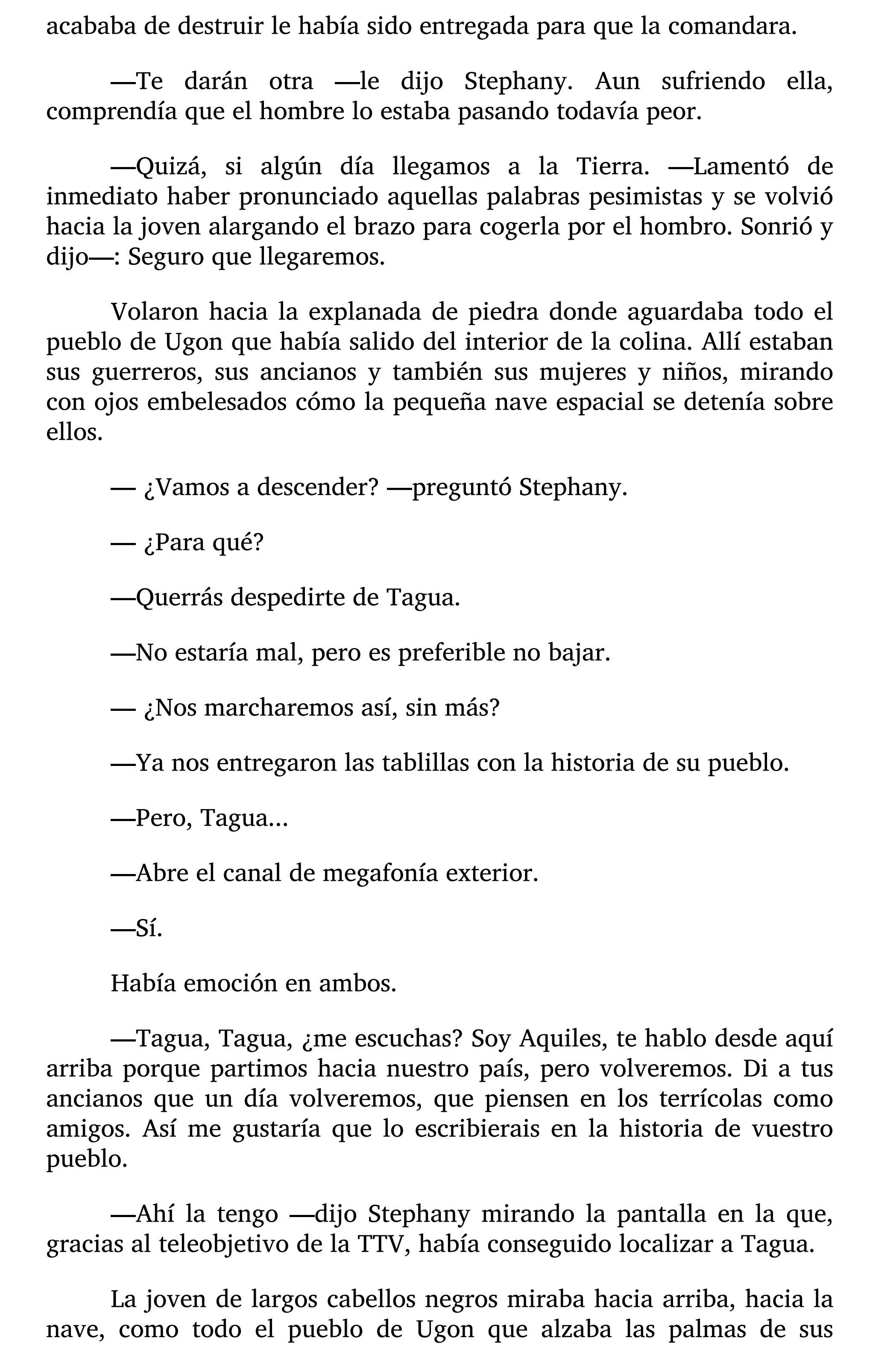
—Por fuera sólo tiene algunos daños causados por las montañas de roca, pero dentro está tan destrozada que nosotros dos jamás lograríamos repararla. Seguramente, en la Tierra ya habrán construido otras idénticas.

—Sí, seguro, pero ésta es la primera.

—Y ha cumplido su misión en parte, no podemos achacarle ningún fallo. Al introducirnos en la nube cósmica penetramos en un mundo extraño y diferente contra el que no estábamos preparados. La *New Pioner* ha funcionado bien, pero el destino de los exploradores siempre depara incógnitas que no se conocen en el mismo instante de la partida. Así es el mundo de la aventura y de los pioneros del espacio.

Centró la *New Pioner* en su sistema de tiro y bastó un misil térmico para que la nave, alcanzada de lleno y en un punto vital, se pusiera incandescente y luego estallara, quedando totalmente desintegrada.

—Ya está —suspiró Aquiles roncamente, pues la gran nave que



acababa de destruir le había sido entregada para que la comandara.

—Te darán otra —le dijo Stephany. Aun sufriendo ella, comprendía que el hombre lo estaba pasando todavía peor.

—Quizá, si algún día llegamos a la Tierra. —Lamentó de inmediato haber pronunciado aquellas palabras pesimistas y se volvió hacia la joven alargando el brazo para cogerla por el hombro. Sonrió y dijo—: Seguro que llegaremos.

Volaron hacia la explanada de piedra donde aguardaba todo el pueblo de Ugon que había salido del interior de la colina. Allí estaban sus guerreros, sus ancianos y también sus mujeres y niños, mirando con ojos embelesados cómo la pequeña nave espacial se detenía sobre ellos.

— ¿Vamos a descender? —preguntó Stephany.

— ¿Para qué?

—Querrás despedirte de Tagua.

—No estaría mal, pero es preferible no bajar.

— ¿Nos marcharemos así, sin más?

—Ya nos entregaron las tablillas con la historia de su pueblo.

—Pero, Tagua...

—Abre el canal de megafonía exterior.

—Sí.

Había emoción en ambos.

—Tagua, Tagua, ¿me escuchas? Soy Aquiles, te hablo desde aquí arriba porque partimos hacia nuestro país, pero volveremos. Di a tus ancianos que un día volveremos, que piensen en los terrícolas como amigos. Así me gustaría que lo escribierais en la historia de vuestro pueblo.

—Ahí la tengo —dijo Stephany mirando la pantalla en la que, gracias al teleobjetivo de la TTV, había conseguido localizar a Tagua.

La joven de largos cabellos negros miraba hacia arriba, hacia la nave, como todo el pueblo de Ugon que alzaba las palmas de sus

manos como brindándoles su amistad y su agradecimiento.

Aquiles comentó:

—Hay que admitir que las mujeres de Ugon son muy bellas.

—Tagua está llorando.

—Sí, ya veo, pero mi corazón llora por los hombres y las mujeres terrícolas que aquí han perecido. —Volvió a hablar hacia el exterior, seguro de ser entendido—: Tagua, volveremos, volveremos...

La *Little Pioner* se fue alejando en dirección a las aguas del gigantesco océano.

La tierra firme iluminada por los cinco soles quedó atrás y ante sus ojos sólo vieron agua y más agua.

Aquiles Zasbry colocó en la computadora de la *Little Pioner* el *cassette* biomagnético con la memoria de la ruta. No estaba seguro de que hubiera quedado bien grabada, pero sólo había una forma de comprobarlo y ésta era dejarse guiar por ella.

Lo mismo podía conducirles a la vida que a la muerte, mas no tenían otra alternativa.

La luz de los cinco soles se .fue haciendo más y más leve hasta que quedaron sumidos en la oscuridad y las aguas terminaron en las rocas de la noche eterna.

La nave avanzó despacio entre valles rocosos, como siguiendo una ruta marcada de antemano. El polvo cósmico les rodeó y el radar y los demás sensores quedaron inservibles, ya que todo era reflejado por el polvo cósmico.

La memoria biomagnética fue guiando a la *Little Pioner* que se introdujo por donde antes había pasado la *New Pioner,* con la ventaja de que la *Little* era más pequeña y donde la nave grande había rozado o colisionado, la pequeña pasaba sin tropiezo alguno.

Pasaron las horas y se fueron relevando al mando de la nave; tenían que descansar.

Escucharon el roce de las piedras, de los micrometeoritos, contra el casco. Bajaron los paneles de protección y navegaron a ciegas.

Aquiles y Stephany estaban en constante tensión. No sabían si

lograrían salir de la nube cósmica que tanta vida encerraba en su núcleo sólido.

La memoria de la *Little Pioner* iba grabando también la ruta a la inversa, mientras se dejaba guiar por el *cassette*. De este modo, durante horas y horas interminables, era el piloto automático quien gobernaba a la pequeña nave cargada en exceso.

Aquiles Zasbry dormitaba en la litera cuando fue despertado bruscamente por la joven que le zarandeaba.

— ¡Aquiles, Aquiles!

— ¿Qué sucede, algo grave? —preguntó. — ¡Los aparatos funcionan, los sensores vuelven **a** actuar!

Aquiles saltó de la litera. Se puso al frente del parabrisas y accionó el mando para que se levantara el protector de los cristales.

Ante ellos apareció un mundo plagado de estrellas que ya creían que no volverían a ver. Atrás quedaba la nube cósmica con sus secretos, con su vida.

— ¡Lo hemos conseguido, Aquiles, lo hemos conseguido! —sollozó de alegría la joven.

—Sí, lo hemos conseguido, la memoria de la computadora ha funcionado. Ahora tendremos que enviar mensajes a la Tierra advirtiendo de nuestro regreso; luego ya les contaremos lo ocurrido.

—Sí, será mejor no explicarlo de una sola vez, habrá tiempo para todo. Nos queda por delante un viaje muy largo, un viaje de millones de kilómetros.

—Sí, es un larguísimo viaje que podríamos aprovechar.

— ¿Aprovechar, cómo?

—Bueno, yo soy el comandante a bordo, ¿no?

—Sí, claro.

—Tengo autoridad para celebrar una boda.

— ¿Qué boda?

— ¿Cuál va a ser? La nuestra, aquí no hay nadie más, que yo

sepa.

—Pero, eso está en contra de las ordenanzas.

—Es verdad, pero como soy el comandante, puedo saltármelas en caso de emergencia.

— ¿Y éste es un caso de emergencia?

— ¿Por qué?

— ¿Qué vamos a hacer, si no, tanto tiempo solos?

Ella carraspeó, mirando en derredor.

—Pues, no había caído.

— ¿Qué te parece si aprovechamos el tiempo?

—Si tú eres el comandante y además un hombre fuerte, ¿qué puedo decir yo?

—Ya que hemos sufrido tantas bajas, podríamos compensar.

— ¿Cómo?

—Pues, haciendo que en vez de dos regresemos tres. El viaje va a ser tan largo que hay tiempo para que seamos tres.

— ¡Aquiles!

El hombre la tomó por la cintura y observado por las miríadas de estrellas, la besó en la boca. Stephany protestó.

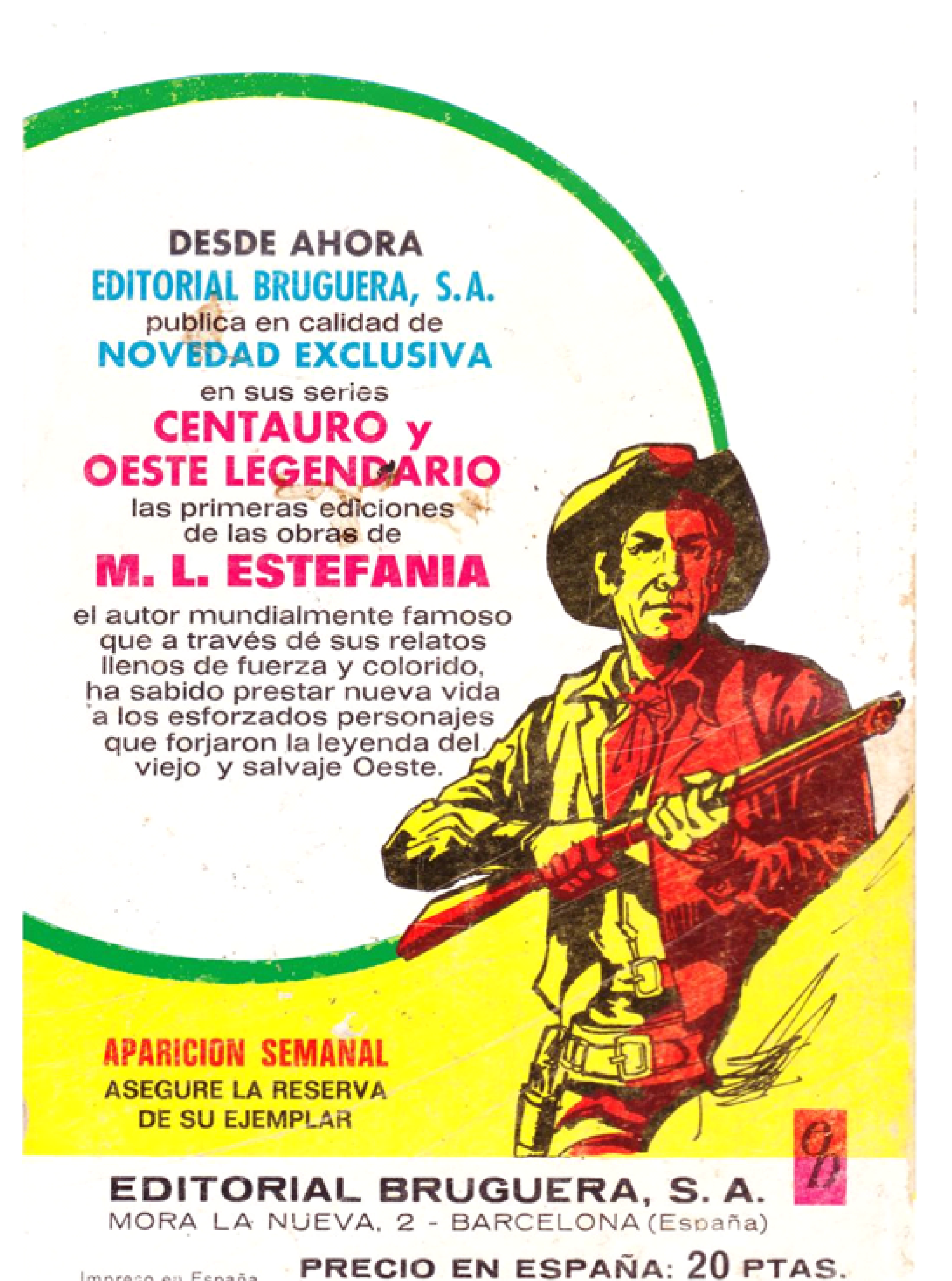
—Aguarda, aguarda, todavía no te has casado conmigo.

Aquiles Zasbry levantó su diestra y dijo:

—Prometo guardarte fidelidad, etcétera, etcétera, ya continuaré luego...

Volvió a besarla y ella no protestó mientras la *Little Pioner* navegaba entre las estrellas rumbo hacia el planeta Tierra, dejando atrás la nube cósmica a la que un día habían prometido volver.

F I N



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.